

Miguel Álvarez de los Ríos

Forma y estilo
del periodismo literario

Miguel Álvarez de los Ríos

Forma y estilo
del periodismo literario

Rigoberto Gil Montoya
Álvaro Acevedo Tarazona



Rudecolombia
Universidad Tecnológica de Pereira

Miguel Álvarez de los Ríos
Forma y estilo del periodismo literario

© Rigoberto Gil Montoya
© Álvaro Acevedo Tarazona
© De los textos originales Miguel Álvarez de los Ríos

1ª edición, 2007

Rudecolombia
Universidad Tecnológica de Pereira

Diseño y coordinación editorial
Margarita Calle G.

ISBN

Impreso en Panamericana Formas e Impresos
Bogotá, 2007

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Gratitudes

A Diana María Rodríguez, Administradora del Medio Ambiente, por la importante pesquisa que adelantó al recoger buena parte de los testimonios y materiales escritos por Miguel Álvarez de los Ríos en periódicos y revistas del país.

A la Academia Pereirana de la Historia, por su vinculación al homenaje que la Universidad Tecnológica de Pereira le ofreciera al escritor Miguel Álvarez de los Ríos, al recibir el título de *Honoris Causa* como Licenciado en Español y Literatura.

Al escritor Miguel Álvarez de los Ríos y a su hijo Juan Miguel, por la calidez con que siempre nos recibieron y estuvieron atentos a resolver inquietudes o indicarnos la ruta hacia documentos esenciales.

A Luz Inés Gutiérrez Betancourt, Mauricio Vallejo Ortega, José Manuel Sánchez Suescún, Gerardo Mejía Navarro, Blanca Jasned Velásquez, colaboradores de la Biblioteca Pública Municipal “Ramón Correa Mejía”, del Centro Cultural “Lucy Tejada”, por su diligente y silenciosa labor.

A María Idalia Benavides, por su trabajo artesanal al cuidado del texto.

Contenido

Preámbulos	13
El reportaje como periodismo culto	19
Comunidad de huellas	47
El periodismo y la política	49
Comunidad de huellas	53
Las improntas intelectuales	57
De tiznados Leopardos	62
Una cuna extranjera, una paternidad liberal y una educación conservadora	67
Pereira y el despertar de una vocación	71
Política y periodismo	74
Convicciones y deseos	75
Con acento teatral y dramático	79
Celebración académica	85
Efemérides	94
Memoria de mis días	95
Una imagen de infancia	98
En la ciudad, las letras	100
Cuando la ciudad me sobreviva	103
En estado de sitio	105
El Flâneur	107
Meridiano desde el puente grecolatino	110
El arte como rebeldía diabólica	113
Escribir y respirar: el cuerpo del periodismo y la política	115
Libros, locuras y mujeres	120
De la vida no, de la vida no me canso	124

Botella al mar con un mensaje de Antología	143
<i>Reportajes: Encuentros con el país del siglo XX</i>	146
Con Porfirio Rubirosa, el más famoso galán del siglo XX	146
Juan Lozano nos habla de la vida y de la muerte	151
Con José Umaña Bernal, el gran poeta que brilló en la política	158
“La izquierda se pasó a la derecha”	
Entrevista exclusiva con Germán Arciniegas	168
Las duras verdades de Forero Benavides	180
<i>Consigna</i> con Fernando Londoño, el último de los grecolatinos	189
Los santos hermanos se confiesan	199
Despedida de poeta. La última polémica del maestro Rafael Maya con Miguel Álvarez de los Ríos	205
Anton Szandor La Vey, Papa Negro del satanismo mundial	208
Charla desvertebrada con Eastman.	
Antirreportaje de Miguel Álvarez de los Ríos	220
Álvaro Pío Valencia, el marxista más puro de Colombia	227
Felipe Lleras Camargo anticipa sus memorias. De la muerte del general Camargo al suicidio de Rendón	239
¡Villon es un satánico!	
Luis Vidales traduce al primer poeta francés	256
La brujería de Gómez Valderrama	269
Entrevista con Jorge Rojas, el enorme poeta del amor y de la soledad	283
<i>Perfiles: La experiencia de los otros</i>	293
Óscar Giraldo Arango: El caballero monumental	293
Eastman, visión trifásica	296
Gilberto Alzate: Su paisaje, su estilo, su lucha, su agonía	300
Aleister Crowley, el hombre más perverso de la tierra	307
Casanova: el rey eterno del amor erótico	314
Diciembre y enero son los meses de Verlaine	320
María Isabel Mejía, Roja Flor de la política	326
Héctor Escobar Gutiérrez	330
Ramiro Andrade Terán, 30 años de lucha	336

Gaviria: de Pereira a Palacio	345
Creadores de nuestra música. Villamil: sentimiento del paisaje	354
90 años de José Macías, abuelo del bambuco	359
La extravagancia de Isabel Stewart Gardner, eterna reina de Boston	363
<i>Acercamientos:</i>	
<i>Creencias, mitos, el drama de la historia</i>	369
Las extrañas creencias de los gnósticos y su vigencia en Colombia. Relaciones de luz entre el sexo y el espíritu	369
Brujos y demonios invaden el mundo, hombres y mujeres ofician desnudos	373
¡Lovecraft está vivo!	379
Prende en Colombia la llama del satanismo	387
A propósito de "Halloween". La brujería no es cosa de niños	395
El rock'n roll, esa revolución	401
Elvis tendría hoy 50 años	405
¿Qué hay detrás de la pornografía?	409
El arte de matar. 2000 años de "civilización"	417
En los ochenta años, aproximación al hombre y al paisaje de Caldas	425
Medio siglo después Gardel es todo el tango. Monumento al malevaje, el arrabal y las tragedias	433
El imperio mundial de los poderes ocultos. Que los hay, los hay	444
Los amish: Secta paralizada en el tiempo. Viven como hace tres siglos	456
50 años del canto de Escalona	462
Entre Heráclito y Ortega: ¿Amor fugaz? ¿amor eterno?	469
Sentido crítico de la historia: Evocación cordial de don Elías Recio	472
Bibliografía	483

—¡Defínase!
—Es difícil. Tal vez con aquellos versos barbajacobinos:
“Soberbio, desdeñoso, pródigo y turbulento”;
probablemente con el símil de la brizna de hierba en las
manos de Dios, del doctor Laureano Gómez; quizá apelando a
los imponderables de mi signo astral, pues soy geminiano,
y también lo son el presidente Kennedy,
la actriz suicida Marilyn Monroe y el mamagallista
escritor inglés, Chesterton, a fuer de dos o tres
mediocampistas paraguayos.

Reportaje de Gonzalo Villegas Jaramillo.
La Crítica Nacional, 1973

R: Vivir, vivir, en Pereira, en Cali, Nizales y Bogotá. He vivido en Nizales de donde era mi padre, ciudad a la que amo casi tan profundamente como a la mía propia que es Pereira; no tengo diferencias muy honrosas; en materia sentimental entre las ciudades. Incluso el Eje Cafetero es un término que yo inventé hace más de 10 años en un artículo publicado en el tiempo.

¿Cuándo escribió por primera vez?

R: Tomo como punto de partida de mi oficio periodístico y literario el día de enero de 1954, en que don Julio Correa Uribe director en esa época del Diario me publicó el primer comentario sobre Oscar Wilde, a partir de ese momento considero que llevo 50 años interrumpidos en el periodismo porque aún en las épocas que he ejercido cargos públicos y estuve en corporaciones de elección popular, continuaba escribiendo.

¿Hay un hecho específico que haya marcado su camino?

R: En el caso mío no, tal vez me tocaron acontecimientos y hechos importantes en la vida mía. Me tocó cubrir en 1956 la muerte del "cóndor" acá en Pereira, León María Lozano, eso el 10 de septiembre de 1956; "cóndor" era un famoso señor de Pereira, sobre el cual se han leído varias novelas y realizado documentales cinematográficos. Allí ataron en la calle 14 con carrera 14a. Fue un acontecimiento que meció al país, por la personalidad del individuo que fue un agente de policía a quien le atribuían más de mil muertes. Escribí una página entera en la que traté de recrear ese momento.

¿Qué personalidades entrevistó?

R: Muchas de la literatura, la política, la farándula y la literatura. Entrevisté a Cantinflas; a Javier Solís, famoso cantante que le gusta tanto a muchachas con sus rancheras y canciones amargas y románticas; entrevisté al presidente Alberto Lleras, al doctor Germán Arciniegas y al maestro Juan Lozano y Lozano, que incluso a última que se conoce de él, pues murió a los 15 días. También entrevisté al astro Álvaro Pío Valencia y con la ocasión que escribí el Premio Simón Bolívar se me dio por ser la mejor entrevista y reportaje en 1984.

¿Cómo periodista e intelectual vivió su bohemia?

R: Sí, yo alterné mucho la vida periodística y literaria con la vida bohemia, muchos amigos hice bohemia, entre ellos Jorge Mario Eastman, los Lemmos Simons, en Bogotá, Nizales, Cali y acá en Pereira.

...ulábamos y bebíamos, conversábamos de literatura, de mujeres, de amores, de viajes, melancolías y al no tiempo de libros, de música, de pintura y de arte en general.

...lante no he dejado de leer un solo día.

LT: Usted mencionó el tango. ¿Cuáles son sus personajes?

MAR: El tango tiene unos



...de los Estados Unidos. El año antes de eso, que recorrí a Holanda, tuve oportunidad de observar a fondo la obra de Rembrandt y de Van Gogh. Pero hablaremos después de esta afición.

LT: ¿Qué más tiene de su propia producción literaria?

MAR: Tengo dos o tres libros publicados y casi 10 listos, pero no han salido porque no he tenido dinero para ellos. Pero lo más significativo en mí es que he sido lo que se llama un "ghost writer", que textualmente se denomina un "escritor fantasma". Eso quiere decir que he escrito un montón de libros que no he firmado yo, sino que los he vendido para que otras personas los presenten como de ellos. Usted

...va un librería encuentra una autobiografía "Mi vida" por Peláez pues bien, Peláez nunca ha escrito nada, ni sabe escribir; sino que contrató a un autor que escribió en primera persona. Eso es lo que he hecho, he escrito muchos libros; no puedo decir títulos, pero eso lo aclaro a usted y a la opinión pública porque en tanto tiempo de escribir aparecen pocos libros con el nombre mío.

LT: ¿Ahora qué está escribiendo?

MAR: Este año voy a publicar dos libros si es posible. El uno al que ya le puse título se va a denominar "Los muertos amados". Serán semblanzas de 40 o 50 personajes que hicieron Pereira y que cómo su nombre lo indicaba murieron; ese libro lo estoy trabajando a ver si la actual Administración de Pereira lo patrocina. El otro es una compilación que quiero hacer rápidamente de poetisas femeninas. Lo haré porque aquí figuran dos o tres y resulta que son muchas; ese libro tiene el título tentativo "Risardalá, voz y sentimiento de sus mujeres".

LT: Comentaba usted que escribía sólo en máquina. ¿Por qué fobia a los computadores?

MAR: Siempre he escrito en máquina, pero no le llamaría fobia, porque soy un espíritu moderno. Lo que pasa es que no he podido aprender en computador que es distinto y me da trabajo, pero posiblemente algún día abandone la vieja máquina con la cual he hecho todo en la vida y lo poco que tengo, que por supuesto Dios me lo ha dado.

LT: ¿Le gusta la Pereira de ahora?

MAR: La quiero como a un hijo feo que no deja de quererme, pero prefiero el pueblo antiguo, donde todo el mundo se conocía donde no había tanto problema ni trancón de tráfico ni tanta delincuencia desahogada. Prefiero el pueblo alegre y elemental que me tocó vivir en la niñez y parte de la juventud.

Miguel Álvarez de los Ríos. Entrevista periódico *La Tarde*, 25 de enero de 2004

Preámbulos

Los materiales que componen los archivos de las historias locales suelen ser tan diversos como curiosos y tan reveladores como poco explorados. Basta intentar el acercamiento a una hipótesis o la mirada a un proceso, para que el archivo se torne problemático a los ojos de quien pretende indagar en sus documentos. Si el orden de estos materiales supone ya prescripciones de carácter ideológico, intentar su cambio de lugar o su alteración, presume también un desafío de carácter conceptual y una confrontación de saberes. Cuando esto ocurre, el archivo se amplía y sus materiales se tornan inestables, ya porque desborden las fronteras de la referencia local, ya porque sus implicaciones temáticas vinculen estos materiales con otros ámbitos de la cultura. Desde este lugar y tras una carga semántica que el propio archivo contiene, afloran nuevas apreciaciones críticas.

Es aquí donde preferimos ubicar esta aproximación inicial a la obra de Miguel Álvarez de los Ríos, en dos de sus variantes más sólidas: el periodismo y el ensayo. Como periodista, Álvarez de los Ríos ejerce una temprana actividad en medios locales de limitado influjo, pero muy pronto se impone el reto de publicar en medios de difusión nacional y esto le permitirá aportar al proceso de consolidación del reportaje como género, en un momento en el que la crónica admitía una fuerte y variada tradición, incluso local, en la que Carlos Echeverri Uribe, Ricardo Sánchez, Luis Carlos González, Luis Yagarí y Gustavo Colorado Grisales avivan un catálogo que autores como Luis Tejada, Eduardo Zalamea Borda, Gabriel García Márquez y Gonzalo Arango, convirtieron en alta literatura y en cuadros vitales de una realidad que acostumbra ser motivo para la pesquisa sociológica. Como ensayista, Álvarez de los Ríos despliega un profundo conocimiento de los grandes problemas de la cultura contemporánea, para lo cual su recurso mayor es el ejercicio de un estilo personal y arriesgado –hay quien lo señala como un *grecolatino* tardío–, y esto lo anuda

a una expedición de búsquedas individuales, donde es de rigor mencionar, para el caso de Pereira, a Lino Gil Jaramillo, Jorge Mario Eastman, Hugo Ángel Jaramillo, Julián Serna, Jaime Valencia Villa, Eduardo López Jaramillo y Liliana Herrera.

En los profusos textos de Álvarez de los Ríos puede leerse una compleja idea de Estado-nación; allí radica la pertinencia y actualidad de su trabajo. Por una parte, su estilo se corresponde con unos ideales estéticos y éticos que, sin dificultad, se emparentan con los de sus personajes: Felipe Lleras, Forero Benavides, Arciniegas, Londoño y Londoño, Umaña Bernal, Eastman, Maya, Gómez Valderrama, Lozano y Lozano, Pío Valencia, Jorge Rojas, esto es, daguerrotipos de una galería de personajes insigünes, cuyas ideas y destinos amalgaman un modelo de *aleph*, bajo la forma de un prisma donde se proyecta buena parte de la historia intelectual y política del país. De ahí que el periodista logre con ellos una complicidad que escapa a las meras coincidencias de un saber erudito, de herencias foráneas e intuiciones personales, para convertirse en un escenario donde al lector se le ofrece la representación de una vida pública y privada, como testigo y promotor de un presente confuso.

Por otra parte, en Álvarez de los Ríos se pone en juego un conocimiento específico de las transformaciones que operan en el país a partir del Frente Nacional y cuyas coordenadas avisan los nodos de una modernidad postergada, de inmutables desplazamientos. La variedad en el horizonte temático desvela lo enmarañado de la otra cara del *aleph*: las nuevas prácticas religiosas, los flamantes conceptos que debieron preocupar y poner en alerta a la ortodoxia católica de un país que por decreto le pertenecería al Sagrado Corazón de Jesús (según la Ley 1ª. de 1952, firmada por el presidente Roberto Urdaneta Arbeláez y por su ministro de Hacienda y Crédito Público Antonio Álvarez Restrepo), en razón de los “grandes beneficios y extraordinarias muestras de la providencial protección del Salvador del mundo” a la “Nación Colombiana”. Ese nuevo horizonte desvelaba la presencia del gnosticismo entre nosotros, de la brujería y la magia negra, del ocultismo y el satanismo. Más allá de los ríos Amazonas y Magdalena –parecía anunciar el escritor– se podía advertir el *modus vivendi* de los *amish*, como un ghetto que bien podría ubicarse en un extramuro de Praga, donde a lo mejor se ilumina, de súbito, la figura del Golem en una ventana ciega. Era necesario delinear los

sinos trágicos de seres incomprendidos y rebeldes: Villon, Lovecraft, Verlaine, Isabel Stewart Gardner, Héctor Escobar Gutiérrez, mientras en el mundo de la oscuridad oficiaban Aleister Crowley y Anton Szandor La Vey, como la variante más perversa, tal vez, del eros actuado por Casanova. La pornografía como una tendencia a superar o embrollar toda gama de traumas derivada de la mojigatería y el temor a explorar el cuerpo. Los modos institucionales de matar a los seres humanos como si fueran objetos desechables, cuya larga historia el escritor-ensayista explora con cierta morbosidad. Los mitos propios de la cultura de masas: Presley y el rock'n roll, Gardel y el tango, Escalona y el vallenato, Macías y Villamil, con sus aires autóctonos, inventando un país desde la nostalgia.

En fin, en Álvarez de los Ríos subyace la defensa de la poesía como una revolución pacífica y una avanzada idea de libertad –muchos incautos la confunden con los discursos programáticos de los partidos tradicionales– que el humanista defiende desde una razón de “ser liberal”: firme ante la democracia, ajeno al despotismo y fiel a lo que él expresara de su amigo Eastman: “Un liberal moderno, tolerante, comprensivo y austero”.

Archivo, historia local, documentos; los que forman parte de este libro estaban dispersos en periódicos y revistas o en impresos de escaso tiraje y circulación. Emprendimos la tarea de recuperar parte de esos materiales y medir su alcance en términos estéticos y culturales. Al ordenarlos y clasificarlos fue claro para nosotros que esos reportajes, perfiles y acercamientos críticos firmados por Miguel Álvarez de los Ríos en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, en la revista *Contrastes* del periódico *El Pueblo* de Cali, en la revista *Consigna* de Bogotá, en el *Diario de Occidente* de Cali, en el periódico *El Imparcial* de Pereira y en la revista *Pereira Cultural*, exigían una estructura que permitiera hacer visible un corpus narrativo amplio y exquisito, que derivara en un aporte al conocimiento y divulgación de su obra. De la habilidad y pericia de Álvarez de los Ríos para construir perfiles de figuras vinculadas a la política o a la actividad comercial y cultural, dio cuenta en su libro *22 personajes Apuntes para una futura geografía humana de Risaralda*, como antesala quizá de lo que podría considerarse su esfuerzo mayor en este campo: *Oliveros Perfil biográfico*. De su inclinación por estimular debates históricos queda su obra *Pereira La fuerza de una raza*. De su interés por rescatar autores y textos

que extienden la memoria escrita de la región, destacan sus prólogos, sus semblanzas y antologías poéticas, como aquella que resulta emblemática de sus aventuras literarias: *Poetas y Poemas de Risaralda*.

No obstante, quienes hemos seguido de cerca la trayectoria periodística y de reflexión crítica de Álvarez de los Ríos y presentíamos que era inadmisibles sospechar que entre la publicación de uno y otro libro o artículo en su ciudad, este escritor y humanista –proclive a contemplar desde su ático los inviernos de Verlaine, a recorrer en silencio la Calle de la Linterna donde aún cuelga el cuerpo de Nerval–, optara por dejar de teclear en su *Crown* japonesa y se entregara tan sólo a la vida contemplativa o a coleccionar estampas de cuando fuera político de oficio, redactor de prensa, asesor de gobernantes o profesor de derecho, sociología y literatura. La prueba de que no estábamos errados es este libro, cuyo carácter de antología permitirá al lector hacerse a una idea de lo que comprende la labor polifacética de Álvarez de los Ríos, acaso muy desconocida en la región, aunque eso sí, exaltada y condecorada, en esa recurrencia por magnificar a las personas por encima de sus obras, cuando ni siquiera existe en el contexto un propósito serio, con miras a promocionar la producción de sus escritores y artistas, a través de planes que superen los atavismos locales y abran, por fin, las puertas hacia unos diálogos con la modernidad y no sólo con la representación borrosa que de ella suele hacerse en los *mass media*, para solaz de quienes persisten en impedir procesos de renovación en torno a las miradas sobre la cultura, como uno de los mayores textos en el que podríamos reconocernos.

Por suerte, los perfiles humanos, los reportajes y ensayos de Miguel Álvarez de los Ríos pueden ser leídos como una esperanza de que vendrán tiempos mejores, tiempos de recepción, para hostigar la “tranquilidad sugestiva de la aldea”, de la que hablara el cronista Luis Tejada, a su paso por la ciudad que luego inventaron, con humor y a su manera, Euclides Jaramillo Arango y Luis Carlos González.

Si diciembre y enero son los meses que el poeta Verlaine anuncia como los apropiados para la vida y la muerte, es de suponer que Miguel Álvarez de los Ríos reserve un especial apego por ciertos meses del año, sobre todo él, tan inclinado a recrear un ecosistema de relaciones sensitivas en su escritura profunda,

como si de ello dependiera la suerte de sus personajes. No sabemos si sea junio, cuando celebra su nacimiento, o mayo, cuando habrá de recordar que la ausencia de Eunice le hace más penetrante el frío de las madrugadas. Para nosotros será noviembre del 2006, cuando al concedérsele el título de *Honoris Causa* como Licenciado en Español y Literatura, se anunció que este libro, cuyos materiales que lo componen surgieron de una acuciosa labor de pesquisa llevada a cabo durante muchos meses, haría parte del homenaje. Ahora es una realidad, gracias al apoyo de la Universidad Tecnológica de Pereira, de su actual rector, el ingeniero Luis Enrique Arango Jiménez y de Rudecolombia y su Doctorado en Ciencias de la Educación, Área de Pensamiento Educativo y Comunicación.

El reportaje como periodismo culto





Miguel Álvarez de los Ríos con Jorge Mario Eastman, 1981

Una lectura juiciosa y en perspectiva de los reportajes y ensayos de Miguel Álvarez de los Ríos –como jirón de una vida dedicada a la escritura–, anticipa el escenario que aglutina, en buena parte, las diversas tramas de un país proclive a construir su memoria, a esclarecer, a través de la palabra impresa, las múltiples corrientes del pensamiento y las variadas opciones estéticas y artísticas de sus creadores. Si ningún ser es una isla, recluido en sí mismo y cada hombre es un *pedazo del continente*, como enseña John Donne, la metáfora y la revelación del poeta podrían funcionar como imagen para advertir, en nuestro caso, que la obra crítica y periodística de Álvarez de los Ríos se anuda a una región, a sus complejos culturales, a las búsquedas de un colectivo y a su congruencia con un Estado-nación, que si bien continúa estancado en unas prácticas políticas centralistas, apoya su riqueza en la diversidad social y cultural de sus regiones. Desde esta mirada, es preciso crear el contexto en el que la obra de Álvarez de los Ríos supera los límites de la recepción local e inspira la tensión con interesantes y ricos procesos de escritura en el ámbito colombiano.

La década del treinta del siglo XX tiene para Pereira un significado particular en cuanto a sus representaciones simbólicas y a una complejidad que se hará memoria en sus primeros registros impresos, muchos de los cuales, como lo enumera el humanista Hugo Ángel Jaramillo, formaron parte de empresas efímeras, pero no por eso intrascendentes en cuanto a la formación de los primeros escritores e intelectuales de la ciudad.¹ Para entonces circula el periódico liberal *El Diario*, fundado en 1929 bajo la tutela de Emilio Correa Uribe y aún es posible conseguir

1. He aquí el nombre de algunas de aquellas publicaciones: *El Esfuerzo*, *El Gladiador*, *El Vampiro*, *Colombia intelectual*, *La crónica*, *Brotos*, *Aguijón*, *Pereira comercial*, *El Surco*, *El Día*, entre muchas otras. Véase, “El periodismo” Cap. XVII, Hugo Ángel Jaramillo, en *Pereira: proceso histórico de un grupo étnico colombiano*, Pereira, Club Rotario de Pereira, Gráficas Olímpica, 1983, pp. 453-497.

ejemplares de las revistas culturales *Variedades* y *Lengua y Raza*, publicaciones periódicas de mediano formato, inspiradas quizá en las revistas capitalinas *El Gráfico* y *Cromos*. Se registra en estas páginas una idea de mundo, cuya complejidad depende de la pluma con la que los escritores de la época recrean los cuadros de costumbres. Asimismo, los humanistas, líderes cívicos y periodistas también narran el progreso de su ciudad en términos de ampliación y trazado de una urbe pensada por un pequeño grupo de comerciantes e industriales, empeñado en la tarea de edificar un espacio propicio para la naciente industria y para los mercados e intercambios que se generan a través del negocio del café, aprovechando las vías ferroviarias que comunican el poblado con el Pacífico y el centro del país.

Aún se recuerda que en 1926 se comercializó la película *Nido de cóndores*, producida por Máximo Calvo, bajo la dirección y argumento de Alfonso Mejía Robledo, como parte de una empresa común liderada por la Sociedad de Mejoras Públicas. El rodaje de esta producción exhibía un propósito: reconocer y mostrar el espacio urbano “con todas sus mejoras locales”, al tiempo que se pretendía “mostrar a los otros pueblos su valor material, en industrias y en progreso”.² La ciudad permanecía desligada de los centros urbanos, ubicados a lo largo de un complejo sistema montañoso escaso en vías terrestres y a merced de caminos de herradura, de difícil acceso, como en su momento lo anotaron en sus diarios los viajeros europeos. Caminos que fueron trazados por los indígenas y más tarde empalizados por los arrieros y marchantes, “pioneros colonizadores” como los denomina Eduardo Santa, responsables de las “primeras trochas, sobre las cuales vendría posteriormente la acción de los condenados a trabajos forzados y la de los peones de las compañías contratadas por el gobierno para la construcción de los mismos”.³

La película registra en poco más de veinte minutos el progreso de la ciudad y por eso allí se insiste en mostrar, bajo el pretexto de un idilio amoroso entre una mujer nativa y un prestigioso hombre de negocios de origen alemán, los nacientes complejos

2. *Variedades*, Revista semanal e ilustrada, No. 49, Serie X, Volumen II, Pereira, Departamento de Caldas, enero 23 de 1926.

3. Eduardo Santa, *La colonización antioqueña: una empresa de caminos*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, pp. 122-123.

industriales y las bondades de una región dispuesta a permitir la llegada de capital humano y económico foráneo: “Hemos tenido la fortuna de asistir a algunos ensayos de esta película y, por ello, no vacilamos en manifestar que es una obra cinematográfica admirable, esplendorosa, como quizá no se ha ejecutado todavía ninguna otra en Colombia. Los más distinguidos elementos sociales de Pereira han colaborado en ella con entusiasmo y filantropía”.⁴

Detrás de esta empresa propagandística sobresale la figura de Alfonso Mejía Robledo (1897), un influyente comerciante nacido en Villa María, Caldas, cuyas inclinaciones por la literatura lo llevaron a publicar en 1920 la obra *El poema de mi vida*, en los talleres de la Imprenta Nariño de Pereira. Como empresario y miembro activo de la Sociedad de Mejoras Públicas, Mejía Robledo tuvo la preocupación por hacer circular en la ciudad libros, revistas y toda suerte de publicaciones que podían ser adquiridas en su Almacén Universal, ubicado en la Plaza de Bolívar y en la misma vereda de la Catedral. Basta leer la publicidad de la época para comprender lo que significaba poner en contacto a las gentes con ediciones españolas y francesas y, en especial, con los autores que entonces se admiraban: Dumas, Stendhal, Gracián, Carolina Invernizio, Carlota M. Braeme, algunas de cuyas obras fueron impresas por la Casa Editorial Maucci de Barcelona: “Visite usted la gran librería que acaba de llegar al Almacén Universal, donde encontrará selectas obras científicas y literarias; escogidas obras poéticas y novelescas; famosos libros de arte y diversión”.⁵

Mejía Robledo publica en 1926 la primera versión de su novela *Rosas de Francia*⁶ y podría sospecharse que a partir de allí la ciudad inaugura unos derroteros estéticos y establece con el país ciertos nexos culturales que suelen clasificarse en las secciones de revistas y periódicos de interés general, para una comunidad que le da un fuerte valor a los recitales en los teatros, a las operetas, a las presentaciones de malabaristas y magos, a las conferencias de carácter histórico y médico, a las novelas por entregas, a las cró-

-
4. Reinaldo de Montalbán, “A Escape”, en revista quincenal e ilustrada *Lengua y Raza*, Pereira, junio 5 de 1926, año 1, No. 2, p.14.
 5. Revista quincenal e ilustrada *Lengua y Raza*, No. 4, Año 1, Pereira, julio 3 de 1926.
 6. Alfonso Mejía Robledo, *Rosas de Francia*, (Novela Colombiana), París, Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 222, Boulevard Saint-Germain, 1926.

nicas de escritores españoles e ingleses y al estreno de películas con ambientes pintorescos. Los teatros y en especial sus antesalas y vestíbulos se convertirán en escenarios propicios para animar la vida social y cultural de la naciente aristocracia. La novela de Mejía Robledo descubre para la localidad un ambiente romántico algo decadente, a partir de los tránsitos de un poeta que busca el amor y persigue un ideal por medio de su obra lírica.⁷ El antecedente mayor de esta novela es *María* (1899), la obra del colombiano Jorge Isaacs y se comprende que lo literario, para la aldea, nace por imitación y bajo el influjo de una corriente románticista, frente a la cual los integrantes de Los Nuevos serán críticos, en virtud de sus deseos de renovación, a la manera de lo concebido por León de Greiff y Luis Vidales en su labor poética y por Luis Tejada en su trabajo periodístico. De hecho Ricardo, el personaje creado por Mejía Robledo, se rebelará en contra de las nuevas visiones estéticas que en virtud de los influjos del vanguardismo literario, afloran para el país a mediados de los años veinte. En la proclama inicial que el narrador hace del joven bardo, éste se referirá a la sardónica y “zafia” juventud modernista, “descaminada y pletórica de sofismas y de doctrinas absurdas”.⁸

A pesar de su temprana muerte y de una breve obra, Luis Tejada ejerció un fuerte influjo en el periodismo local. Sus crónicas, publicadas en *El Espectador* y algunas en los periódicos de Pereira –*Glóbulo Rojo*–, expresaron la visión de mundo de un artista mediado por el alto vuelo poético y el asombro frente a lo cotidiano, en una relación original del cronista con los objetos, de modo que al revelarse la circunstancia individual, la palabra que lo nombra lo torna memorable, acaso porque en sus textos se suele presentir el misterioso hecho estético, la mirada que da forma al presagio. En Pereira ejerció por algunos meses como profesor de gramática, en virtud de que su padre, Benjamín Tejada Córdoba, se había radicado en la ciudad para fundar el Instituto Murillo Toro, uno de los centros educativos que al decir de David Cuartas Ángel –alumno de aquellos primeros centros educativos de Pereira en los albores del siglo XX–, había sido respaldado por “numerosos

7. Rigoberto Gil Montoya, “*Rosas de Francia* o la educación sentimental de la aldea”, en *Nido de cóndores Aspectos de la vida cotidiana de Pereira en los años veinte. Una mirada cultural*. Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002, pp. 123-155.

8. *Rosas de Francia*, Op. cit., p. 9.

padres de familias pudientes, quienes aspiraban a que sus hijos recibieran una educación distinta a la *sempiterna educación clerical*". En su evocación, Cuartas Ángel le contará a Miguel Álvarez de los Ríos que Luis Tejada defendía "ideas socialistas" y por eso se vinculó en Pereira al grupo político denominado "La Golconda", uno de cuyos miembros fue el doctor Santiago Londoño. Por otra parte, su porte y figura, su manera de vestir y sus ademanes, ejercían en los otros una fascinación mezclada con curiosidad y simpatía: "pequeño, flaco, vestido de negro". Se había casado en 1922 con Julieta Gaviria en la iglesia de La pobreza –rememora Cuartas Ángel– y destacaba en él su "eterno vestido de color luctuoso, un enorme sombrero tras el cual desaparecía su semblante aún imberbe, y el corbatín de lazo flotante".⁹

Eran nuevos aires para la práctica de un periodismo que de pronto descubrió el humor y la epifanía como formas de narrar un presente vertiginoso, transformado por los avances tecnológicos: el tren, el teléfono, el tranvía eléctrico, el cinematógrafo, las imprentas, los vehículos a motor. Si los patricios y las primeras familias empezaban a añorar la tranquilidad y simpleza de sus aldeas, obnubilados frente a unas dinámicas del progreso que se traducían en ruido, criminalidad, movilidad social, prisa y ensanchamiento del espacio urbano, el periodismo se convirtió en un medio efectivo para inventariar tales cambios e impulsar, asimismo, la transformación de la vida en comunidad. En las crónicas de Emilio Correa Uribe, Sixto Mejía, Lino Gil Jaramillo y Ricardo Sánchez, se advierten las huellas de Tejada y ese placer, no ajeno al asombro, por registrar desde lo cotidiano y desde esa sensibilidad moderna e iconoclasta que defendieron Arlt y Gironde en Argentina, De Greiff y Vidales en Colombia, lo que empezaría a formar parte de los materiales de la historia local:

El cine, la luz eléctrica, el teléfono y el radio, son otros tantos "chismes" que se vinieron a "tirar" la plancha. Muchísimos mejores, más claros y sobre todo más baratos eran los sustitutos que de todo eso teníamos antes de la guerra. Al cine lo suplíamos con los "títeres" que nos da-

9. Miguel Álvarez de los Ríos, "Colegios y educadores en Pereira; el escritor Luis Tejada", en *La historia por dentro*. Documentos inéditos, mecanografiados y clasificados en el Área Cultural del Banco de la República, bajo el sello Centro de Documentación Pereira (986.31 / A59c), pp. 1-8.

ban los Hormacitas, y que hacían mover por medio de cuerdas, escondidos tras de una sábana (...) La luz eléctrica nos vino a hacer muy mal cuarto a los que solíamos echar tarde de la noche nuestras “salidas” por los lados de “recoveco” o la calle del cementerio (...) El teléfono es otro de los “artefactos” que vinieron a acabar con la tranquilidad del hogar doméstico. A los maridos “celosos” les ha venido a “revolver” la bilis y cada vez que sus señoras “agarran” el aparato, es pelotera segura (...) El radio –o la radio- como han dado en llamar a “eso” últimamente, es otro de los “aparatos” que nos mantiene “fritos”. También debe de tener su participación la “Casa Bayer”... Está uno bien tranquilo en su casa leyendo “El Espectador”, cuando la niña casadera mueve la perilla y coge la “estación”. Primero se oye un ladrido de perros y luego una “pelea de gatos”(…) Definitivamente la civilización nos ha venido a “complicar” mucho la situación, sobre todo aquí en Pereira donde vivíamos tan tranquilos y tan contentos.¹⁰

Al despuntar la década del treinta Pereira ha fortalecido su imagen comercial y desde ella interviene su entramado urbano y su relación con las demás ciudades colombianas. Lo que se lee en el importante documento publicado con el título *Memoria de la gran exposición industrial y artística de Pereira y de la gran exposición de Bogotá...*¹¹, en tanto compilación de un evento de carácter nacional en el que Pereira sirvió de vitrina, prueba cómo las distintas fuerzas cívicas, representadas en sociedades y agrupaciones, tienen claro lo que desean fortalecer como improntas de un desarrollo cívico y comercial que ya haría parte de su proceso de fundación. En el plano de la escritura, los avances formales han sido pocos. Circula el libro de Carlos Echeverri Uribe, *Apuntes para la historia de Pereira* (editado inicialmente en 1909 y reeditado en 1921) y las obras literarias de Alfonso Mejía Robledo, de cuya recepción dará cuenta, décadas después, el cronista Euclides Jaramillo Arango, cuando al informar sobre el sistema de venta que el escritor Mejía Robledo utilizaba para hacer llegar por sus-

10. Ricardo Sánchez, *Pereira 1875-1935*, Manizales, Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata, 1937, pp. 128-129.

11. Alfonso Mejía Robledo, *Memoria de la gran exposición industrial y artística de Pereira y de la gran exposición de Bogotá...*, Bogotá, Editorial El Gráfico, 1931.

cripción sus obras a quienes quizá habían adquirido su novela del año 26, se descubrió que los miembros del más prestigioso club de la ciudad, donaron todos ellos su ejemplar nuevo de *La risa de la fuente*.¹² Esta anécdota, matizada por el humor de un cronista de la memoria, podría interpretarse como el símbolo inaugural del tipo de recepción que frecuentemente se hace de los materiales impresos en los núcleos urbanos periféricos.

Este es el cuadro pereirano que enmarca el nacimiento de Miguel Álvarez de los Ríos en 1935. Cuatro años después nacerá la novelista Albalucía Ángel, autora de una de las novelas más renovadoras y experimentales sobre el tema de la violencia colombiana, *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1975). Entre estos dos nacimientos, Ricardo Sánchez publica en la Editorial Arturo Zapata de Manizales su libro de crónicas *Pereira 1875-1935* y se interpreta que surge el interés por dialogar con el pasado reciente, desde la memoria del testigo que vuelve a recorrer los solares de la infancia, obnubilado por un presente de cambios abruptos. Bernardo Arias Trujillo publicará en Medellín su novela emblemática *Risaralda* (1935), con un insinuante subtítulo que recoge el furor que en América Latina se vivía por el cine: “Novela de negredumbre y de vaquería filmada en dos estampas. Escenario y decoración 2 de octubre de 1935”.¹³ Luego publicará su *Diccionario de emociones* (1938) y empezará a ser leyenda la vida del escritor, sus experiencias de viajero, sus afinidades electivas, la imagen de un artista incomprendido, un poco a la manera de Vargas Vila. Alfonso Mejía Robledo sacará al mercado la segunda edición de *Rosas de Francia* (1937), con el inusual detalle de que el autor decide cambiar el final trágico de su novela, por uno de corte feliz, como si sus fieles lectores le hubieran hecho ese pedido. La publica en su propio sello editorial, Panoramas, en el que un año después editará el libro de memorias de su esposa, Rita Andrión, *Mis recuerdos de colegio*¹⁴, un importante documento de carácter sociológico para comprender el tipo de educación académica y sentimental que las damas de la época recibían en

-
12. Euclides Jaramillo Arango, *¡Terror! (Crónicas del viejo Pereira, que era el nuevo)*, Armenia, Cosmográfica Ltda., 1984, p. 70.
 13. Bernardo Arias Trujillo, *Risaralda*, Medellín, Ediciones Académicas Rafael Montoya y Montoya, Bedout, cuarta edición, 1960.
 14. Rita Andrión de Mejía Robledo, *Mis recuerdos de colegio*, Pereira, Editorial Panoramas, 1938.

colegios europeos. Con el nombre de *Panoramas*, Mejía Robledo edita su revista, siguiendo un poco las directrices editoriales y temáticas impuestas, una década atrás, por Víctor M. López en su revista *Lengua y Raza*.

Por su estilo retórico y sus preocupaciones humanísticas, Mejía Robledo es tal vez el escritor de la ciudad que más vínculo sostiene con los miembros de *Los Leopardos*, aquel grupo que se hiciera famoso por su proselitismo político, enmarcado en una oratoria y en una forma de ejercer el poder público que hiciera carrera en el país republicano, tras las huellas de los gramáticos estadistas. Las implicaciones de esta dinámica, para el desarrollo social y cultural, remarcen la existencia de un tipo de intelectual vinculado al ejercicio de la política y a la expresión de un mundo grandilocuente, con referentes a tradiciones de la antigua Europa. Este ambiente servirá de escenario para los inicios de la labor intelectual de Miguel Álvarez de los Ríos, quien siempre estará resaltando en sus artículos y reportajes, el valor estético y literario de los humanistas del Gran Caldas, mientras defiende, con altruismo y convicción, la posibilidad de edificar un mundo de ideas desde la provincia y a partir de allí, animar un diálogo con el afuera. No sorprende, por ello, que el trabajo de reportería y periodismo literario que Álvarez de los Ríos ejerce con mayor vigor a partir de la década del ochenta en las páginas del periódico *El Tiempo* y la revista *Consigna*, vuelva sobre unos personajes que empezaron a influir en la vida humanística e intelectual de la Colombia posterior a la Guerra de los Mil Días.

No es fácil desligar en Colombia los procesos literarios de los comprometidos con el periodismo. Otro tanto sucede en América Latina, cuando el escritor y el intelectual se hacen notorios, primero, en las columnas de opinión y luego en las secciones especializadas, con temas que pretenden aclarar un devenir, animar un diálogo, siguiendo las nuevas dinámicas derivadas de las luchas independentistas. El influjo de un legado europeo se advierte con fuerza en las formas como se observa el contexto, lo inmediato, como si se tratara de lo "otro", lo exótico, ese "fuera de lugar" que genera extrañamiento en las apreciaciones críticas. En este caso se distingue la figura de un Sarmiento que busca dar sentido a lo "bárbaro" desde una mirada eurocéntrica, aunque no exenta de esa ambigüedad que inyecta en su escritura lo inestable, en el campo de un género que se alimenta de múltiples discursos. Para el cambio de noción en torno a la

realidad latinoamericana, el pensamiento de José Martí se erige símbolo, cuando el viajero y poeta propone ver el mestizaje como una “confluencia de tradiciones”, al subrayar que el gran problema en la fundación de las Repúblicas habría sido supeditarse a “moldes extranjeros”.¹⁵

Los discursos se apoyan en ideas de renovación y ante la dificultad de separar los oficios, el escritor se obliga a cumplir una función social que lo compromete en los terrenos de la política, y el periodismo sería el campo expedito para cumplir esa tarea. Así, se comprende el temprano balance que Henríquez Ureña hiciera en los años cuarenta, cuando al indagar por los orígenes de la figura del intelectual en la América Hispánica del XIX y al resaltar, por esta línea, la labor comprometida de José Martí, expone que en el período posterior a la Independencia, los escritores e intelectuales de aquella época de *organización* (1860-1890) podrían denominarse “luchadores y constructores”, continuadores de las expresiones de Bello, Heredia, Sarmiento y Mitre, es decir, “hombres que solían ver en la literatura una parte de su servicio público, siguiendo la que era ya una de nuestras tradiciones”.¹⁶ A partir de esta época, los debates entre la creación de una literatura desligada de la política y de una función pública ajena al ejercicio mismo de la literatura o cualquier otra expresión estética, propia del *hombre de letras*, sería motivo de una preocupación que, sin embargo, no logró desvanecer del todo la comunión entre una y otra dinámica, en lo que Henríquez Ureña señala como la “transformación social y la división del trabajo”. Por el contrario, en ambas formas de ejercer una función pública, se determinan los caminos de “nuestra literatura”, al decir del maestro dominicano: “uno en el que persiguen sólo fines puramente artísticos; otro en que los fines en perspectiva son sociales”.¹⁷

En la bifurcación de estos caminos, esto es, entre el grupo de los últimos modernistas (Valencia, Chocano y Lugones) y los primeros vanguardistas del XX (Borges, Neruda) surgiría una “generación intermedia” o de “transición” (escritores nacidos entre

15. Miguel Rojas Mix, “La cultura hispanoamericana del siglo XIX”, en *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Del Neoclasicismo al Modernismo*. Tomo II. Luis Madrigal Iñigo (comp.), Madrid, Cátedra, 1999, pp. 57-58.

16. Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Biblioteca Americana, Santafé de Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 155.

17. Op. cit., p. 189.

1880 y 1896), que si bien se apartaba de sus antecesores, asumía un rol público bastante crítico y con fuertes implicaciones de tipo político, como en el caso del *Ateneo* en México (1909-1914) o el movimiento literario que se generó alrededor de la revista *Colónida* (1915) en Perú o el *Repertorio americano* en San José de Costa Rica. Estos *hombres de letras*, como lo sostiene Henríquez Ureña, si bien causan revuelo en la esfera pública, ya no aspiran a pertenecer a los gobiernos: lo que desean es ejercer la oposición, la crítica y defender doctrinas libertarias y filosóficas. Para el caso de Colombia, Henríquez Ureña ubica en la “generación intermedia” a José Eustasio Rivera, Luis Carlos López, Rafael Maya, León de Greiff, Barba Jacob y Luis López de Mesa.¹⁸ Estas serán algunas de las figuras con que el país del bardo Valencia trazará los rumbos intelectuales en el siglo XX, sobre todo bajo el fuerte influjo de la escuela romántica y de otras expresiones de marcado acento local, como las expuestas por Carrasquilla y por los integrantes de la *Gruta simbólica*, con Julio Flórez como estandarte.

De sobremesa (1886-7), la novela de José Asunción Silva, trasluce desde la ficción los ambientes propicios para el debate intelectual, no obstante las diferencias espaciales y ambientales que se desvelan entre las evocaciones y referencias del viajero erudito y las realidades de una aldea que se hace pintoresca en los cuadros de costumbres. Para José Fernández, el personaje creado por Silva, el universo se hace concreto en la discusión de las ideas, como efecto natural del contacto con el viejo continente y con una serie de corrientes del pensamiento, herencia de la Ilustración y de un espíritu de la modernidad que convoca la aventura, el riesgo, lo experimental, a partir de una nueva sensibilidad que de pronto llenará de ruido y vértigo los nacientes centros urbanos, pero que, no obstante, seguirá nutriéndose de esa clase de romanticismo que encarnara José Martí: “Acercarse a la vida –he ahí el objeto de la Literatura: –ya para inspirarse en ella; –ya para reformarla conociéndola. –Los románticos aman los contrastes, cómico y trágico; mezcla: como en la existencia. El romanticismo fue el lucero del naturalismo, y una especie de realidad imaginaria”.¹⁹

18. Op. cit., p. 266.

19. José Martí, *Cuadernos de apuntes*, Obras Completas, Tomo 21, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965, p. 227.

El tipo de intelectual prefigurado por Silva hará una fuerte presencia en su país, dará las bases para el tránsito de un siglo a otro, ambientará el escenario en que los aires renovadores de las expresiones vanguardistas propiciarán expresiones estéticas que harán bien a una joven literatura y a una tradición que desde el Modernismo precisa otros horizontes, no sólo en lo concerniente a las formas de escritura, sino también a las posturas políticas y sociológicas frente a los contextos más próximos.

Es aquí donde se fortalece un tipo de humanista e intelectual preocupado por interpretar un pasado reciente, por comprender una idea de nación, por hacer de la política un nexo con lo público y por defender posturas críticas frente a la construcción del Estado: “El poeta –asevera Mario Rivero– no puede desvincularse del proceso social y político. Hace parte de él. Vive dentro de él. No es ajeno a los grandes cambios...”. Giovanni Quessep interpreta la poesía como la luz que aclara el decurso histórico y aporta en el conocimiento de ese destino. Umaña Bernal considera que la poesía participa en las “revoluciones” y en la “salvación de los pueblos”, como lo prueba la revolución francesa. La política, para Jorge Rojas, es esencial cuando se liga al desarrollo humano y como la poesía, “analiza la psicología oculta en el espíritu humano”.²⁰

En virtud de su formación humanista y de una memoria que lo une a los compromisos de cambio animados en las luchas del XIX, el nuevo actor se verá muy cerca de las esferas de poder y desde allí intervendrá en debates que más allá de una efectividad retórica, darán piso a las acciones de un país que empieza a ser pensado en el marco de su historia y componente social, a la manera de lo interpretado por Rafael Maya, Baldomero Sanín Cano, Luis López de Mesa y Juan Lozano y Lozano en sus ensayos críticos. Este es el modelo de intelectual que le preocupará a Miguel Álvarez de los Ríos y con quien, más allá de su compromiso como reportero, buscará estar al mismo nivel, acaso porque con quienes establece contacto (Alzate Avendaño, Lozano y Lozano, Gómez Valderrama, Felipe Lleras, Umaña Bernal, Jorge Mario Eastman, Germán Arciniegas, Forero Benavides y otros) despliega una afinidad en materia de referentes eruditos,

20. “Los poetas hablan de política”, en revista *Consigna*, Año 4, No. 139, Bogotá, 15 de junio de 1979, pp. 5-10.

de preocupaciones temáticas, como prueba de unos destinos que transitan por un mapa común de sensibilidades e inquietudes especulativas:

En Colombia –elucida Álvarez de los Ríos– el periodismo ha sido y será político, porque está obligado a reflejar, y a interpretar, las vivencias más inmediatas del alma nacional. La historia del periodismo colombiano involucra también la historia de los mejores hombres colombianos.²¹

Ahora bien, para llegar a esos niveles de diálogo y de réplica, el país experimentará con las tendencias y promesas de varios grupos, como en efecto sucediera con *Piedra y Cielo*, *Los Nuevos*, *Los Cuadernícolas*, en algunos de los cuales se plantea el abordaje de la realidad desde perspectivas distintas, más allá de la aún poderosa presencia de la escuela romántica, del estilo de Carrasquilla, enraizado en lo popular, del verbo impetuoso de los hermanos Villegas, del artificio que opera en la poesía de Valencia, de la arenga que cobra ritmo en Vargas Vila. Algunos de los personajes seleccionados por Álvarez de los Ríos harían parte tanto de unas formas de la cultura en que la gramática y el poder tuvieron su propio pedestal, como de unas dinámicas de renovación en cuanto a procesos de pensamiento y escritura, que los jóvenes de entonces supieron recibir como parte de una tradición que se animaba a buscar otros horizontes, en especial los que sugería la época y cuyas marcas podrían precisarse, para Hispanoamérica, en los ensayos de Ortega y Gasset sobre el hombre-masa y en la indagación formal emprendida por Unamuno en sus obras literarias.

En tal sentido, los nombres de José Antonio Lizarazo, Álvaro Cepeda Samudio y Gabriel García Márquez convocan de inmediato una sucinta tradición en el oficio de las letras, donde periodismo y literatura suelen mezclarse con feliz fortuna. En *La casa de vecindad* (1930), la novela de Lizarazo, es indiscutible la factura de crónica, producto de una labor de campo, que el personaje narrador le da a su relato, a propósito de las miserias de una casa de pensión, ubicada en el centro de la capital y habi-

21. Miguel Álvarez de los Ríos, “Eastman, visión trifásica”, en revista *Consigna*, Año 5, No. 170, Bogotá, 15 de octubre de 1980, p. 21.

tada por unos seres arrinconados frente a los cambios que exhibe la ciudad. Como miembro del Grupo de Barranquilla, Cepeda Samudio convierte el periodismo en una variante de la literatura, cuyo logro mayor, por esta vía, es la escritura de su libro de cuentos *Todos estábamos a la espera* (1954) y lo que el lector podrá hallar detrás de la complejidad en la estructura de estos relatos que surgen de una labor experimental con las formas, bajo la impronta de lo que Dos Passos inaugura en *Manhattan Transfer* (1925), un escritor que gozaba de prestigio en el país como escritor realista y a quien el cronista caldense José Gers tuvo ocasión de entrevistar en 1948, a su paso por Cali.²² Se trasluce en el autor de Ciénaga una poderosa influencia norteamericana, la misma que allanará el camino del joven reportero Gabriel García Márquez.

Valga decir que el responsable de Macondo no sólo apostará por una literatura que pretende alejarse del ostracismo que un crítico agudo, Eduardo Zalamea Borda (Ulises), resaltara en su columna “La ciudad y el mundo” (*El Espectador*)²³, como parte del estancamiento en los procesos de escritura en el país, sino también por un tipo de periodismo más elaborado y cercano a la estructura del texto literario, donde podría encontrarse la veta que décadas después Gonzalo Arango, Castro Caycedo, Germán Santamaría y el propio Álvarez de los Ríos explotarán a su manera. De esta primera época García Márquez publicará un reportaje emblemático de los nuevos tiempos, “Caracas sin agua” (1958) y una serie de crónicas sobre su experiencia en el Chocó, donde incluso –confesará años después– se vio obligado a inventar el escenario de sus reportes para ofrecer un ambiente más interesante a la noticia y al mismo tiempo para darle un sentido de protesta social a lo que ocurría en Quibdó como tierra de nadie.²⁴

22. José Gers, “John Dos Passos, un gigante de la novela moderna”, en *Crónicas y Reportajes*, Manizales, Biblioteca de Escritores Caldenses, Imprenta Departamental, 1983.

23. Ángel Rama, *Primeros cuentos de diez maestros latinoamericanos*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 233-234.

24. Gabriel García Márquez, “Historia íntima de una manifestación de 400 horas”, “Una familia unida, sin vías de comunicación”, “Aquí se aprende a leer en el Código Civil” y otras, en *Crónicas y reportajes*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976.

Colombia, en la década del cincuenta, no había desarrollado aún el género del reportaje; la idea es de García Márquez.²⁵

Si se atiende a lo expresado por el Nobel colombiano, el reportaje precisa una breve historia en el ámbito nacional, lo que luego será corroborado por Daniel Samper en el prólogo a su clásica antología *Grandes reportajes*, cuando asevera que sólo a partir de los años cincuenta esta variante del periodismo moderno toma la categoría de género. Los antecedentes del mismo podrían señalarse en algunas entrevistas realizadas por Juan Lozano y Lozano, publicadas en el volumen *Mis contemporáneos* (1944), en los relatos de Ximénez y en las recursivas entrevistas de Emilia Pardo Umaña –inolvidable aquella en la que el personaje central es su propia madre y que ella escuetamente titula “María Umaña de Pardo”– y esa forma suya tan profunda y mordaz de recrear los acontecimientos más triviales, sin dejar de lado el propósito de comunicar y compartir con los lectores una mirada de mundo vinculada a la experiencia de la vida simple –“El primer baile”, “Refugio para una neura”, “Al inquietante palpitar del corazón”–.²⁶

La naturaleza híbrida del reportaje, que cobra cuerpo entre la crónica y la entrevista, su complejidad estructural, que se debe en parte a las técnicas derivadas del cine y la materia maleable de la que está hecho, en virtud de lo que el escritor construye y recrea a través de atmósferas y ambientes íntimos, le conceden al reportaje un carácter único en la evolución del periodismo y esto se habría logrado en virtud de la existencia de un tipo de periodista que decide dejar de lado la columna personal, de opinión, para lanzarse, según Samper Pizano, a un trabajo de reportería que exige una “cultura superior a la del promedio en el oficio, una vocación por la narrativa contemporánea y un especial interés por el cine”.²⁷

25. Gabriel García Márquez, “El olor de la guayaba”. *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*. Bogotá, Oveja Negra, 1982, pp. 27-28.

26. Emilia Pardo Umaña, *La letra con sangre entra*, Nota y compilación “Camándula”, Bogotá, Colección Literaria, Vol. 3, Fundación Simón y Lola Guberek, 1984.

27. Daniel Samper Pizano, *Grandes reportajes*, Bogotá, Intermedio Editores, 1990, p. 19.

La formación intelectual del periodista le permitirá estar a la altura del entrevistado o de la circunstancia que desea recrear. Al subrayar la inclinación del reportero por la literatura contemporánea, Samper Pizano se refiere a la narrativa norteamericana y en particular a la figura de Ernest Hemingway, acaso por lo que el escritor y periodista habría puesto en riesgo para la consecución del archivo que nutre las obras *Adiós a las armas* (1929) y *Por quién doblan las campanas* (1940). En materia de cine, basta recordar lo que llegó a significar para el joven García Márquez el neorrealismo italiano, representado en el trabajo cinematográfico de Vittorio de Sica (*Umberto D*, *Ladrón de bicicletas*), cuyas huellas se presienten en *El coronel no tiene quién le escriba* (1958). Unos años después se percibirá el predominio de un tipo de periodismo que se mezcla riesgosa y sutilmente con la literatura y en ello tendrá escenario lo que se dio en llamar el *Nuevo periodismo*, cuya obra emblemática será *A sangre fría* (1965) y el modelo de investigación que le da soporte como documento histórico. Para los campos híbridos de la ficción, se torna modelo un tipo de literatura difícil de clasificar, tanto por su carácter inestable, como por las miradas con que los escritores deciden intervenir sus contextos.

Para el caso latinoamericano, las obras de Rodolfo Walsh y Tomás Eloy Martínez remarcen una evolución en este rumbo. Son los terrenos de la *Non-Fiction*, esa forma política por excelencia, en la que la búsqueda de la *verdad* puebla el mundo de versiones narrativas. Una manera de democratizar las miradas, desde una de las variantes que se desprende, sin duda, del reportaje.

El propio Samper Pizano dará muestra de cuánto habría evolucionado el reportaje en Colombia cuando en 1972 publica una pieza magistral titulada "El día que envenenaron a Chiquinquirá"²⁸, a propósito de la muerte de más de sesenta personas que habrían consumido pan mezclado con folídol, en la mañana del 25 de noviembre de 1967. Utilizando quizá procedimientos similares a los empleados por Capote para reconstruir el crimen de la familia Clutter en Kansas, Samper Pizano decide investigar el drama de Chiquinquirá cinco años después de los hechos, desde una estructura coral que muestra la magnitud de una tragedia que estaba destinada al olvido. El campo del reportaje será pro-

28. *Ibid.*, pp. 198-208.

picio para un tipo de escritor culto, ingenioso, recursivo y atento a los diálogos con la cultura. Aquí es necesario destacar los reportajes de Castro Caycedo, Juan José Hoyos, Juan Mosca, Plinio Apuleyo y, desde luego, Miguel Álvarez de los Ríos, cuyos aportes al género del reportaje son varios –como se apreciará a continuación–, en la medida en que el escritor habría recibido desde temprano, y gracias también a su contacto directo con la realidad norteamericana, los influjos renovadores del *New journalism*, como en efecto lo dilucidan sus opiniones:

No debe confundirse el periodismo de crónica con el periodismo literario. Es este último la forma estética del periodismo. De cierta manera participa de los elementos, de la técnica del “New journalism” norteamericano. Usa la crónica, usa la entrevista y usa el método de investigación del reportaje. Puede recurrir a técnicas narrativas literarias, como el “salto de voces”, como los “flash-back” (o recuerdo escrito de lo que está hablando), como el diálogo y, en fin, otros recursos de la narrativa. Pero el objetivo final del periodismo literario no es la interpretación de los hechos, sino una propuesta artística diferente de la narración (...) El periodista es una esponja, debe absorber toda clase de conocimientos y verterlos en gotas o en cantidades, según donde le toque hacerlo.²⁹

En el trabajo periodístico de Álvarez de los Ríos, lo que primero se hace evidente es la naturaleza específica del entrevistado. Sus personajes pertenecen al campo de lo público y sus trayectorias los vinculan a momentos esenciales de la crónica republicana, o bien en calidad de testigos, o bien como protagonistas de unas decisiones que han marcado el rumbo de un país que durante la primera mitad del siglo XX, pretendió alentar el tránsito de lo rural a lo urbano, aunque la guerra desatada a partir del año 48 aún remarque un atraso social y político, tras la muerte violenta del caudillo liberal y la ira desatada en el cuerpo de su verdugo. El país que presencié el asesinato de Gaitán, al decir de Antonio Caballero, era “rural” y aldeano, “casi bucólico (al menos en la superficie inmóvil de las cosas), de selvas ignoradas,

29. Alberto Rivera, “Miguel, faro del periodismo”, en Periódico *El Diario del Otún*, Pereira, 8 de febrero de 2004, Sección C.

de vastos campos mal cultivados bajo el régimen del latifundio heredado casi tal cual de la Colonia, en los que nada cambiaba, en los que no pasaba nada”.³⁰ No deja de sorprender que el país inspire la masacre en las calles céntricas de la capital y desnude el carácter agrario de las muchedumbres, justo cuando Europa decide tomar distancia crítica frente al drama de la segunda Guerra Mundial y las potencias apoyan los primeros ensayos de los viajes espaciales.

En medio de estos acontecimientos revolucionarios, Colombia se enfrasca en una guerra sin cuartel que deja al descubierto sus crisis profundas, sus odios acendrados y atavismos culturales. Vendrá después un gobierno militar que hará más confusa la existencia en las provincias. Y Álvarez de los Ríos será un testigo de excepción y aprenderá, desde muy temprano, el sentido de la libertad bajo palabra, las implicaciones del pensamiento crítico:

Magnífica la idea de los periodistas. La de repudiar públicamente a los escritores públicos que vendieron su pluma a la tiranía y contribuyeron –en una medida tremenda– a consolidar la dictadura. Ciertamente fue doloroso observar cómo la inteligencia de unos pocos –por fortuna– sirvió para atentar contra la libre expresión y contra el libre pensamiento. Queda, no obstante, la satisfacción de que no fueron los más ni los mejores. Y de que ellos mismos –los Mosqueras, los Jorge Luises, los Rubayatas y los demás– firmaron su propia condenación (...)³¹

Este reportero, crítico y opuesto a todo régimen que vaya en contra del liberalismo como doctrina y dinámica de vida, ha ido en busca de unas voces que hablan desde la nostalgia y el asombro de la experiencia. En ellas encuentra eco a sus preocupaciones filosóficas, históricas y literarias. A cada personaje le da un valor único y para cada uno despliega un estilo que busca estar a la altura del estilo individual de quien de pronto se siente seguro frente a un diálogo de iguales. Los visita en sus nichos familiares,

30. Antonio Caballero, “El hombre que inventó un pueblo”, en *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después*, Autores varios, Número Ediciones, Bogotá, 1997, p. 74.

31. “Reloj de arena”, columna de Miguel Álvarez de los Ríos, firmada bajo el seudónimo Twain. *El Diario*, Pereira, Caldas, 1 de junio de 1957.

procura no importunarlos, pero al mismo tiempo insiste con sutileza en llevarlos a terrenos donde el personaje debe lanzar una conjetura o revelar algo de su espíritu burlón y comprometido con unos principios que los obliga a tomar partido. El diálogo desemboca en confesión y el reportero aprovecha la intimidad del momento para hurgar en la memoria del otro o en sus textos o en su anunciada autobiografía. Aquí se revela su sagacidad y el propósito de ubicar al lector en el ámbito de la conversación y como no quiere confundir las voces, utiliza guiones para separar sus ideas o se esconde tras un “yo” protagónico que le permite ser digresivo y ampliar el espectro de la interlocución, cuando considera que a través del empleo de esta técnica puede favorecer el retrato de su entrevistado:

Tratemos de reconocer en la siguiente parrafada, previa advertencia de que los desaciertos de forma corresponden al estilo desusado y frenético del reportero, jamás a la excelente prosa de Gómez Valderrama (...) Gómez vuelve a mirarme con ojos indulgentes. ¿Será que mi pereiranismo lo conmueve? (...) Me asalta entonces la duda de que, tras su apacible aspecto de burgués satisfecho, Gómez Valderrama sea un auténtico brujo. Un *witch*, para decirlo en el sonoro inglés que maneja el escritor. (El término procede del sajón *wica* o *wise*, que quiere decir sabio, al igual que sus equivalentes en sánscrito y griego antiguo, *veda* y *oida*). Es un brujo -pienso- porque ha podido descifrar, descendiendo hasta sus tinieblas, las claves del inconsciente, asiento cósmico de lo mágico.³²

Álvarez de los Ríos sabe ubicar al personaje en el lugar de la historia y desde allí el encuentro se convierte en algo revelador, en la posibilidad de acercarse al otro para enaltecer sus ideas, en la intención de recrear un pasado reciente de evocaciones y balances, donde se pone en juego la experiencia y un compromiso ético frente a lo público, desde convicciones filosóficas y estéticas que subrayan el cosmopolitismo del *hombre de letras*. Por eso el periodista dirá que Gómez Valderrama fue “un cuadernícola” y que formó parte de una “avanzada lírica”, de “poetas desiguales, intuitivos, estremecidos, a los que vincula exclusivamente la

32. Miguel Álvarez de los Ríos, “La brujería de Gómez Valderrama”, en *Lecturas Dominicales*, periódico *El Tiempo*, Bogotá, noviembre 4 de 1984, pp. 4-5.

concepción dialéctico-energética del amor y la muerte”.³³ De José Umaña Bernal el periodista expresará que su poesía influyó en *Piedra y Cielo* y con ella se habría iniciado “el desmantelamiento de los andamios líricos, desgastados por el uso excesivo del romanticismo decadente”.³⁴ De Juan Lozano y Lozano, el periodista resaltaré sus principios políticos: “Ha sido el suyo un liberalismo de profunda raíz humanística, insular y agresivo y un tanto arcaico respecto de las nuevas corrientes del pensamiento universal”.³⁵ De Alzate Avendaño exaltaré sus hábitos lingüísticos de “reducir su método y su acción, tanto como sus preferencias estéticas, a frases estelares”, para concluir luego que este hombre jamás habría dejado de ser un “romántico”.³⁶ Y en el diálogo de memoria que anima con Felipe Lleras, el reportero se detiene de pronto en sus gestos, en la manera como se pasa los dedos por la barbilla, “es un gesto muy suyo”, informa, “para mí tengo que hace táctil memoria de su chivera, tan ilustre en sus días de esplendor, como la de Trostky”.³⁷

Pero en toda la labor que emprende el periodista en torno a su personaje y más allá de sus propias concepciones e ideas sobre la cultura, Álvarez de los Ríos está preocupado por aclarar el perfil psicológico y el talante erudito de su invitado, sea porque lo tenga allí, frente a él, en la sala de recibo, en la biblioteca, o sea porque intenta acercarse al personaje histórico desde una recreación imaginativa y de ensoñación poética. Para lograrlo y para delinear esas atmósferas de intimidad y confesión, Álvarez de los Ríos construye y nombra espacios reales, los puebla de referentes cultos y como lector de la poesía de Maya, de Rojas y Carranza, inventa el calor, la lluvia, el frío lúgubre y vincula los

33. Ibid, p. 3.

34. Miguel Álvarez de los Ríos, “Con José Umaña Bernal el gran poeta que brilló en la política”, en revista *Consigna*, Año 4, No. 145, Bogotá, 15 de septiembre de 1979, p. 13.

35. Miguel Álvarez de los Ríos, “Juan Lozano y Lozano nos habla de la vida y de la muerte”, en Revista *Consigna*, Año 4, No. 143, Bogotá, 15 de agosto de 1979, p. 6.

36. Miguel Álvarez de los Ríos, “Alzate Avendaño veinte años después de su muerte”, en revista *Consigna*, Año 5, No. 173, Bogotá, 23 de noviembre de 1980, p. 31.

37. Miguel Álvarez de los Ríos, “Felipe Lleras Camargo anticipa sus memorias. De la muerte del general Camargo al suicidio de Rendón”, en *Lecturas Dominicales*, periódico *El Tiempo*, Bogotá, 7 de agosto de 1983, p. 6.

estados de ánimo con los de su personaje, como Stevenson en *Las nuevas noches árabes*, como Meyrink en *El Golem*. La literatura y su ámbito de ilusión, podría acotar el periodista, sirven de recurso para crear escenarios únicos y entrañables y en ellos, invertir de voz y cuerpo al invitado: “Llega la noche, y el poeta debe atender a su esposa enferma. No lo dice, lo intuyo” (Umaña Bernal). “Estamos en una sala de recibo cuya claridad la garantiza una vidriera enorme por la cual llega hasta nosotros el sol indeciso de septiembre” (Arciniegas). “Se levanta con lentitud y descubre las cortinas. Por el cristal se cuela una claridad jadeante” (Lozano y Lozano). “Verlaine murió, en efecto, a las siete de una noche lluviosa. (“El sol me causa náuseas, me aturde y me ciega y prefiero, a la postre, el lúcido invierno”). Murió, entre los aspavientos de la señora Krantz y el dolor manifiesto de unos cuantos que lo amaron de veras (...) El viernes 10 de enero de 1896, el coche funerario de Verlaine rodaba lentamente entre la lluvia; volaban en el crepúsculo de invierno los primeros demonios de la noche” (Verlaine). “En el número 69-31 de la Avenida Caracas de Bogotá, habita desde hace años este Maese Pedro, jurista y literato. Los necios se desengañarían al comprobar que sobre el viejo inmueble, de tejado en declive –más próximo a la modesta arquitectura ‘fin de siglo’, que al clásico estilo georgiano o ‘colonial’– no pesa ninguna maldición ancestral, ningún pretérito de disimulado horror que pudiera apagar el vivo fuego de la racionalidad que mantiene el espíritu de la casa en permanente combustión” (Gómez Valderrama). “Providence –capital del más pequeño Estado de la Unión Americana, Rhode Island– no es, hoy, muy distinta a como fuera en tiempos de Lovecraft. Y por sus calles, en la alta noche, muchos han visto el fantasma de un árabe enloquecido, que lanza imprecaciones en un lenguaje hermético y tumultuoso, y corre a esfumarse en las galerías del viejo cementerio de Swan Point” (Lovecraft). “Estamos en su buhardilla, a la hora del ángelus, en este primer lunes de noviembre. Londoño me toma afectuosamente del brazo, y ambos nos quedamos atónitos contemplando el largo crepúsculo que empieza a caer sobre Manizales” (Londoño y Londoño).³⁸

38. Miguel Álvarez de los Ríos:
 “Con José Umaña Bernal el gran poeta que brilló en la política”, Op. cit., p. 14.

En la recurrencia del escritor Álvarez de los Ríos por imaginar ambientes y explicitar cuadros de situaciones accidentales, cobra sentido su estilo adjetivado y el uso de unas expresiones que lo ligan, como a sus contertulios, a una época de búsquedas formales, anudadas aún al clima cultural que por tradición se compara con las historias de Francia y Alemania. Y no se trata, como lo explicita el reportero, de una época cualquiera, sino de un tiempo, como el de Umaña Bernal, de “singular brillo parlamentario”³⁹, propicio para combinar el ejercicio de la política con la labor de las letras. Estos gestos imbrican en sus personajes y en el reportero mismo un halo romántico, de grandeza y suficiencia, en virtud de un cosmopolitismo que los convirtió en atentos viajeros, en emisarios y testigos de unas transformaciones sociales, políticas y culturales que el país asumió con lentitud y cuya evolución hizo propicio el surgimiento de obras intelectuales como *Mito* y *Eco* o de expresiones perturbadoras como el *Nadaísmo*. En tanto testigos y actores de esas transformaciones, se dimensiona el objeto del trabajo periodístico, cuando Álvarez de los Ríos se acerca a humanistas e intelectuales “en su empeño de penetrar –como queda expresado en la línea editorial de la revista *Consigna*– al retiro voluntario de notables hombres de la política colombiana, invitándolos a salir de su dignísimo silencio...”⁴⁰

Miguel Álvarez de los Ríos proviene de una región con vocación humanística e intelectual. Si bien se trata de una tradición intermitente, el Gran Caldas despliega un catálogo de escritores e intelectuales con una obra muy variada en el asunto de los

“La izquierda se pasó a la derecha. Entrevista exclusiva con Germán Arciniegas”, revista *Consigna*, Año 4, No. 146, Nueva Época, Bogotá, 30 de septiembre de 1979, p. 26.

“Juan Lozano y Lozano nos habla de la vida y de la muerte”, Op. cit., p. 6.

“Diciembre y enero son los meses de Verlaine”, revista *Pereira Cultural*, Corporación Biblioteca Pública “Ramón Correa”, Año 7, No. 7, Pereira, octubre de 1987, pp. 23-27.

“La brujería de Gómez Valderrama”, Op. cit., p. 3.

“¡Lovecraft está vivo!”, *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*, Bogotá, 20 de abril de 1980, p.5.

“Consigna con Fernando Londoño, el último de los grecolatinos”, revista *Consigna*, Año 4, No. 149, Bogotá, 15 de noviembre de 1979, p. 74.

39. Miguel Álvarez de los Ríos. “Con José Umaña Bernal el gran poeta que brilló en la política”, Op. cit., p. 14.

40. *Ibid.*, p. 10.

géneros y en las preocupaciones temáticas que abarcan todo un paisaje de búsquedas individuales. Bernardo Arias Trujillo, por ejemplo, publica una traducción de la obra de Wilde, “Balada de la cárcel de Reading”, antecedido de un minucioso ensayo en el que el novelista caldense coteja versiones en torno al texto.⁴¹ Aquilino Villegas publica en el año 45 su libro *Las letras y los hombres*⁴² y se observa allí sus afinidades con poetas como Guillermo Valencia, Barba Jacob, pero al mismo tiempo registra sus impresiones sobre la provincia e interpreta a personajes de la historia o recepciona la producción literaria de sus coetáneos. Por esta línea, Ernesto Gutiérrez Villegas reúne en 1958 una serie de entrevistas hechas a escritores modernos (Azorín, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Somerset Maugham, Hemingway, Menéndez Pidal, entre otros), como si su propósito fuera poner en contacto a las gentes de Caldas con artistas de prestigio internacional.⁴³ Lo propio haría José Gers, por esa época, en las páginas de *El País*, *El Colombiano* o *Relator*, al publicar sus entrevistas a personajes tan disímiles como Rafael Maya, Adel López Gómez, Fernando González o Doris Dana, la secretaria por más de una década de Gabriela Mistral. En la amplia bibliografía de Lino Gil Jaramillo se cuentan dos importantes obras de ensayos literarios, *Escrito en la arena* (1948) y *Unos y otros* (1960)⁴⁴, sobre escritores y poetas de variada índole: Rivera, Castro Saavedra, Sanín Cano, Neruda, Vallejo, Luis Tejada, Umaña Bernal, entre muchos otros. En 1966 Adel López Gómez decide darle formato de libro a una serie de perfiles y acercamientos en torno a figuras literarias e intelectuales de la vida nacional, que primero nacieron como guiones radiales.⁴⁵

41. Bernardo Arias Trujillo, “Balada de la cárcel de Reading”, en *Diccionario de emociones*, Medellín, Editorial Bedout, 1963.

42. Aquilino Villegas, *Las letras y los hombres*, Manizales, Biblioteca de Escritores Caldenses, 1945.

43. Ernesto Gutiérrez Villegas, *Las ideas de los otros*, Manizales, Editorial Cervantes, 1958.

44. Lino Gil Jaramillo, *Escrito en la arena*, Cali, Tipografía España, 1948.
-----, *Unos y otros. Ensayos literarios*, Cali, Imprenta Departamental del Valle, 1960.

45. Adel López Gómez, *Ellos eran así... Anecdotario de la literatura y la vida*, Manizales, Imprenta Departamental de Caldas, 1966.

En tal medida, la obra sociológica y periodística de Álvarez de los Ríos surge en un clima propicio, alentado por los exponentes de lo que con cierto desprecio se dio en llamar *Grecoquimbayismo* –a quienes empieza a valorarse con distancia, como lo hiciera Jaime Mejía Duque en un denso ensayo de corte ideológico⁴⁶– y por un ambiente en el que los escritores, tanto poetas como narradores y periodistas, quisieron evaluar su pasado y participar de los debates que los jóvenes historiadores de entonces, Germán Arciniegas, Jaime Jaramillo Uribe, Antonio García, Juan Friede y Luis Eduardo Nieto Arteta impulsaban en el país, desde nuevas miradas historiográficas. Quizá por ello se comprenda que a sus treinta años de edad Álvarez de los Ríos haya decidido enviar un trabajo suyo al concurso de la celebración del Centenario de la ciudad de Pereira, auspiciado por la Sociedad de Amigos del Arte y la Asociación Procultura. Con el título *Humana fundación*, Álvarez de los Ríos impulsa otra mirada menos localista al fenómeno de la creación de la ciudad, amparada, hasta entonces, en la visión de cronistas como testigos de su tiempo y de personajes que resaltaron por sus labores cívicas o prácticas comerciales. Lo que destaca en el texto *Humana fundación* es un interés por apoyar intuiciones en voces autorizadas y por animar la discusión desde otros ángulos, como quiera que es necesario interpretar los litigios de tierras, los intereses de gamonales y terratenientes: “Una crónica simple sobre Pereira no arrojaría luz suficiente sobre la portentosa realidad social y humana de la ciudad. Sería el relato escueto de hechos intrascendentes, con profusión de nombres y hechos, muy distante de interpretar el verdadero sentido histórico de la fundación”⁴⁷, subraya el escritor.

Habría que precisar, no obstante, que aunque Álvarez de los Ríos se proponga defender nuevas miradas sobre la historia local y para ello recurra a una metodología avalada por la historia social y económica, buscando apoyo en fundamentos de la sociología, no abandona del todo, en su estilo y en su ca-

46. Jaime Mejía Duque, “Problemas de la literatura en Caldas. La cultura en la provincia en el marco de ciertas condiciones sociales del «subdesarrollo»”, en *Literatura y Realidad*, Medellín, Editorial Oveja Negra, 1969, pp. 89-114.

47. Miguel Álvarez de los Ríos, *Humana fundación* (Copia mecanografiada). Este texto hace parte del volumen inédito compilado bajo el título *Historia de Pereira*. Concurso Centenario de Pereira. Agosto 30 de 1963. Biblioteca Banco de la República, seccional Pereira.

rácter evocativo, e incluso en una visión familiar de la historia próxima, lo que Echeverri Uribe, Ricardo Sánchez, Jaramillo Arango y Lisímaco Salazar, entre otros, resolvieron en pos de una escritura de la crónica, para dar cuenta de los avances de su región. El sentido de estas búsquedas y propuestas –algunos textos se encuentran matizados con la entrevista–, se advierte muy bien en una serie de artículos de Álvarez de los Ríos y que hoy forma parte de los valiosos documentos del Área Cultural del Banco de la República, seccional Pereira, sobre la historia de Risaralda, compilados bajo el título *La historia por dentro*. He aquí su índice: “Abogados y jueces en Pereira”; “Arturo Valencia Arboleda, testigo de su ciudad” Primera y Segunda parte; “Noviazgos, fiestas, el mundo femenino”⁴⁸; “Colegios y educadores en Pereira; el escritor Luis Tejada”.

Miguel Álvarez de los Ríos, como muchos otros de su generación o de su tiempo, conocieron la poesía francesa y norteamericana de primera mano. Contrario a lo que sucede en la generación más reciente, donde el conocimiento de los poetas, como en el caso de Baudelaire, se hace a través de los ojos de Benjamin. El ensayo actúa como intermediación y se trasluce el ámbito de una modernidad que prioriza la interpretación, lo que otro sabe y comparte. Aquellos intelectuales, en cambio, establecieron con la poesía una relación directa y esto les habría permitido hacerse a una idea de mundo en términos de conjura, al asimilar lo que en el lenguaje vernáculo convoca la musicalidad y el ritmo, en momentos en que el poeta descubre la dimensión del miedo y la irrupción de fuerzas indescifrables que colocan al hombre en el centro de un universo castigado, temeroso de su fatalismo, de su ansia por trasegar lo recóndito. El acercamiento con los románticos alemanes o los poetas malditos de origen francés o los rebeldes norteamericanos de la generación *beat*, permitió continuar con unos diálogos de influencias y derroteros estéticos. Uno de los textos más emblemáticos de Álvarez de los Ríos, producto de una afortunada combinación entre periodismo y ensayo, es el que realiza con el poeta Luis Vidales. Hay allí un ambiente de particular interés. Por un lado, se encuentra el acercamiento a la

48. Con este mismo título Álvarez lo publicó en el *Magazín Dominical* del periódico *La Tarde*, edición No. 983, Pereira, 7 de septiembre de 2003, pp. 6-8. Allí se informa que esta crónica data de 1985.

figura de uno de los poetas que habrían renovado, después de Silva, la poesía colombiana. Por otra parte, se cuenta el interés del poeta por traducir al “verdadero” Villon, ese artista elevado a demonio por una sociedad conservadora. La figura de François Villon le servirá al periodista para deslizar su conocimiento de la historia europea alrededor del satanismo. Más que un reportaje o entrevista, Álvarez de los Ríos elabora aquí un ensayo. De repente la intención de Vidales de traducir a uno de sus poetas predilectos, es apenas el pretexto del reportero para dictaminar “¡Villon es un satánico!”, desde una recurrencia que se hace tan efectiva como el “Nunca más” en Poe. Y el periodista no deja de lado su lucidez, al saberse en trance, en virtud de su profunda relación con el poeta colombiano y ese afán suyo por hacer “verdad” a un poeta francés, según él, mal comprendido: “Suspendo mi perorata, sinceramente ruborizado. Nadie me había pedido que fuera más allá de una simple referencia, y yo descendí, por mi cuenta y riesgo, hasta el infierno. Como Rimbaud”.⁴⁹

El encuentro con Vidales tuvo lugar en 1984, a finales de diciembre, en un cafetín del centro de Pereira —¿Cómo olvidar que diciembre y enero son los mejores meses para la vida y para la muerte, según Verlaine?—. No están solos el periodista y el autor de *Suenan timbres*. Están con ellos otros personajes: Eduardo López Jaramillo, traductor y poeta, quien hacía poco menos de un año había publicado *Los papeles de Dédalo*, un curioso y complejo conjunto de relatos, con un refinamiento que descansaba en las huellas de Pound, Eliot y Borges. López Jaramillo publicará luego sus versiones de la poesía de Cavafy, *Poemas canónicos de Constantin Cavafy* y de Ezra Pound, *Poemas de amor del antiguo Egipto* (1990). En una de las sillas se encuentra Juan Guillermo Ángel, un hábil político que durante su alcaldía inauguró algunas de las colecciones literarias que aún sobreviven al vértigo del transporte masivo, para una ciudad escasa en vías y aún nostálgica frente al carriel, la ruana y las recuas de mulas. El otro tertulio es Héctor Escobar Gutiérrez, en cuyos sonetos, escritos bajo el rigor diabólico de las formas y en su propia figura de diablo encantador, el artista ha hecho de su vida una personificación del mal,

49. Miguel Álvarez de los Ríos, “¡Villon es un satánico! Luis Vidales traduce al primer poeta francés”, en *Lecturas Dominicales*, periódico *El Tiempo*, Bogotá, enero 29 de 1985, p. 6.

ese tema que será parte del conocimiento erudito de Álvarez de los Ríos en dos de sus variantes más conspicuas: el satanismo y la brujería. Entre tanto, la ciudad se ha tornado compleja en los poemas de Luis Fernando Mejía, se ha hecho nostalgia en las crónicas de Euclides Jaramillo, se ha vuelto casta en las semblanzas de Luis Carlos González y rumor festivo en las fototipias de Gustavo Colorado, mientras Álvarez de los Ríos se dedicará por un buen tiempo a nutrir lo que él llama la “geografía humana de Risaralda”, a través de una serie de perfiles sobre personajes de la vida comercial y política de su ciudad, mientras publica una antología de los poetas del departamento y decide ordenar en su memoria los afectos de seres y lugares que han definido su destino, entre una palabra que lo insta a perfilar un siglo de ideas e inspiraciones, de escuelas y estilos y una acción política que lo compromete a tomar partido, bajo el abanderamiento de las doctrinas liberales. Justo aquí surge el polemista, el biógrafo, el radical y su consigna se convierte en un estilo que revive una amplia tradición humanística en el país⁵⁰. Cuando esto sucede, emerge el escritor y con él, una serie de reportajes y ensayos que ahora nutren el cuerpo de una antología de singular factura y que tal vez abra las puertas del debate en torno a Miguel Álvarez de los Ríos, un escritor polémico y atrevido en sus opiniones, autor de una obra dispersa y difícil de clasificar. La presente antología pretende acercar al lector a una variedad de textos escritos por Álvarez de los Ríos, que hasta ahora se encontraban diseminados en las frágiles y amarillentas páginas de periódicos y revistas, cuyas colecciones se conservan, para fortuna de investigadores y curiosos, en los anaqueles de nuestras hemerotecas. He aquí el valor cultural de este libro.

50. A propósito de esa tradición humanística, resulta memorable la que nutrieron en los primeros años de la década de los ochentas quienes ejercieron una fuerte labor, tanto en periodismo como en ensayo y traducción, en torno a la revista *Contrastes* del periódico *El Pueblo* de Cali. Se registran en sus páginas los excelentes trabajos de reportaje y crónica de María Elvira Bonilla, Clarita Rojas de Lora y Claudia Blum de Barberi; los ensayos de Fernando Cruz Kronfly sobre literatura y los de Umberto Valverde sobre cine. A esta lista de excelsos colaboradores habría que agregar la de Juan Gustavo Cobo Borda, Rodrigo Parra Sandoval, Aura Lucía Mera, Harold Alvarado Tenorio, Marta Traba, Sandro Romero Rey, Ramiro Madrid Benítez, Álvaro Mutis y Miguel Álvarez de los Ríos.

Comunidad de huellas





Miguel Álvarez de los Ríos, a la izquierda con Fernando Londoño y Londoño
y a la derecha con Abelardo Forero Benavides

El periodismo y la política

Yo soy el tenebroso, el viudo, el inconsolable,
el príncipe de Aquitania de la torre abolida:
mi única estrella ha muerto, y mi laúd constelado,
lleva el sol negro de la melancolía.

Gérard de Nerval

A sus 71 años, cuando creía que la vida ya no le daría sorpresas, Eunice se marchó. Desde entonces su casa de campo, ubicada en una zona lluviosa que presiente el verde del Quindío, está marchita, habitada de recuerdos. Ella sigue presente en las sombras de la noche, en la ventana que golpea, en el grifo del agua que se abre, en la ráfaga de aire que roza la piel. La casa se lamenta. Eunice era su amiga, su amante, su bastón. Una especie de “musa providente –aclaran sus amigos–, su guardiana y compañera de todas las horas; su *alter ego* en las noches de vigilia”.¹

La partida del ser amado es un dolor que resiente cada fibra de Miguel Álvarez de los Ríos y él lo hace saber; un dolor del que cree no se va a sobreponer, pero también es un acicate para hablar con desprendimientos, sin imposturas, con la claridad que arrastra el sol negro de la melancolía. Sus relatos y testimonios han alcanzado la reflexión y sensatez que llega con los años. Ha accedido a hablar, aunque él siempre tendrá un auditorio, un escenario para ser escuchado. Su hijo Juan Miguel lo acompaña en aquella casa habitada por la evocación y el lamento. Asistir al humor cáustico de su palabra es encontrarse con una memoria encarnada de olores y gustos que se pasean con el café matutino, la llamada telefónica de un querido amigo, los frijoles que se le

1. Alberto Herrera Ocampo, “La pesadumbre de un amigo”, Pereira, mayo de 2005.

están quemando en la cocina o el espinazo de cerdo que revuelve en la olla del sancocho, uno de sus platos predilectos.

A veces *El Mono*, embebido como nosotros, permanece mudo en la sala, con los brazos cruzados, dejándose llevar por la palabra del maestro y sus silencios. Si cada Quijote tiene su Sancho, *El Mono* Aristizábal (Hernán Aristizábal Agudelo) ha sido su compañero de andanzas desde que tenía cerca de seis años, una especie de polo a tierra, de escucha indolente. En Miguel Álvarez de los Ríos la erudición y la memoria son el matiz a una peculiar forma de hilar los hechos, retratar personas y situaciones. Un “escritor fantasma” o *ghost writer* –preferiría llamarse–, por los tantos libros que ha hecho por encargo y tras la convicción de un prestigio fortalecido desde el anonimato.

¿Cuáles y cómo son las tradiciones intelectuales de Álvarez de los Ríos? ¿En dónde y en qué momento prefigura su estilo literario? ¿Es acaso el último de los *grecolatinos*? ¿Cómo desempeñó el periodismo y la política? ¿Por qué todo en él rezuma gusto por el clasicismo, refinación en la mesa, la buena vida y lo mejor de la tradición de las artes y la literatura universal? Estas preguntas marcan la ruta vital de Miguel Álvarez de los Ríos, los sentimientos, las pasiones y por qué no, la ambigüedad de una existencia digna de narrar en una prosopografía intelectual y política.

Hoy es evidente el desencanto que hay por las historias de intelectuales y políticos. Tal vez porque ya no encontramos aquellos grandes intelectuales –advierte Gilberto Loaiza– “omnipresentes en la vida pública, detentadores de hegemonía tanto en el campo de la cultura como en el de la vida pública, como sucedió con el papel casi monstruoso de Andrés Bello en la creación de institucionalidad cultural y política de Chile”.² El apelativo de *intelectual* es también una palabra incómoda en estos tiempos, más aún si está asociada con la política y, en especial, con la mala política. Por esa tenue relación con el poder, el intelectual puede ser un crítico o un reproductor de la dominación. Es cierto que todos los individuos tienen el potencial de manifestar una actividad intelectual –explica Gramsci³–, y por lo tanto contribuyen

2. Gilberto Loaiza, “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, en César Augusto Ayala Diago (editor), *La historia política hoy: Sus métodos y las ciencias sociales*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004, p. 58.
3. Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967, p. 26.

en la sociedad a ampliar las visiones de mundo, seguir una línea de conducta moral o suscitar nuevas ideas, pero también pueden convertirse “en los ‘empleados’ del grupo dominante a quienes se les encomienda las tareas subalternas en la hegemonía social y en el gobierno político”.⁴ Es el intelectual orgánico que produce cada grupo social para mantener la hegemonía; el intelectual abstracto es una entelequia, éste sólo puede existir asociado a formas históricas, concretas.

Como un enunciador y modelador de opiniones, el intelectual puede saltar fácilmente a la política. En el siglo XIX predominó en Colombia y América Latina el intelectual político para la organización burocrática del Estado, la redacción de constituciones y leyes o para mantener una “relación simbiótica” con los caudillos militares.⁵ Al lado de este intelectual apareció en el país otro tipo, entre los años de 1870 y 1930, que estableció una disputa en términos generacionales con aquel que había detentado la institucionalidad. Era el intelectual crítico, de izquierda o de derecha, representante ya de un sector de izquierda en el liberalismo o de un grupo radical en el partido conservador. Muchos de ellos terminaron subordinados al *establishment*, como fue el caso de *Los Leopardos* que irían a influenciar notoriamente al joven Miguel Álvarez de los Ríos. Otros, en cambio, evolucionarían hacia una actitud distanciada de la política y más comprometida con un papel crítico moralizante de la sociedad. Estos últimos fueron lo intelectuales de las revistas *Mito* y *Eco*, cuya aparición en la escena pública a partir de la segunda mitad del siglo XX, preludia el surgimiento del *Nadaísmo* y la actitud de otro tipo de intelectual y artista, iconoclasta, crítico del Estado, de los procesos culturales, de los partidos políticos y de sus dirigentes, a la manera de lo planteado por Gramsci.⁶ Ellos también influenciarían a Miguel Álvarez de los Ríos, pero no de forma tan contundente como los primeros.

Otro tipo de intelectual también aparecería en la escena pública del siglo XX en Colombia: el intelectual ideólogo, el comprometido y el subordinado. El primero se caracterizó por venir

4. Ibid., p. 30.

5. Ibid., p. 80.

6. Ibid., pp. 84-85.

de las profesiones modernas y de la secularización paulatina del Estado (el ingeniero, el maestro de escuela) y por cumplir funciones de modelador de la racionalidad y la eficiencia con sus derroteros pragmáticos y la enunciación de utopías éticas y políticas; el segundo edificó una épica de la izquierda colombiana (sacerdotes, profesores, estudiantes, subversivos) y a la postre un elitismo ortodoxo; y el tercero fue y sigue siendo el típico intelectual oficioso y controlador que administra y reproduce las normas y códigos de los grupos hegemónicos y del Estado.⁷

¿En cuál taxonomía ubicar a Miguel Álvarez de los Ríos? ¿Acaso cumple, en estricto, con alguna de ellas? Más que ubicar o desubicar la trayectoria intelectual y política de Miguel Álvarez de los Ríos, lo importante es reconocer, de su lado, una propuesta literaria e intelectual que surge de unas dinámicas en las que el país se comprometió, a lo largo del siglo XX, a asumir diálogos con una modernidad periférica y desfasada frente a los procesos culturales europeos.

Como críticos o modeladores de la sociedad, los intelectuales cumplen un papel de primer orden en los estados nacionales. Ellos son una voz que anima la conformación o mutación de las ideas y de las sociedades corporativas, ya sea en beneficio o en oposición legítima al Estado. Sus opiniones también alientan el derecho abstracto de la participación política y sus actuaciones promueven proyectos culturales, de civismo o de ciudadanía. De otro lado, sus acciones y opiniones pueden constituirse en contramodelos que promueven la movilización de minorías inconformes.⁸

El estudio de los intelectuales remite a estas prácticas sociales que tejen vínculos de interacción y establecen relaciones de confianza entre los actores o promueven nuevas reglas de juego en la institucionalidad del Estado.⁹

7. Ibid., pp. 87-91.

8. Jean-Pierre Bastian, compilador, *Protestantes, liberales y francmasones: Sociedades de ideas y modernidad en América Latina, siglo XIX*, 1ª reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 8-13.

9. Pilar González Bernardo de Quirós, "La "sociabilidad" y la historia política", en E. Pani, A. Salmerón, (coords.), *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra*, México, Instituto Mora, 2004, pp. 419-460.

Comunidad de huellas

Hay tres textos cortos pero sustanciales que dan cuenta de la dimensión intelectual del grupo de *Los Leopardos* y de su influencia en una generación de *hombres de letras* y de políticos colombianos. Uno de ellos fue escrito por Abelardo Forero Benavides, con el propósito de retratar la personalidad intelectual de Augusto Ramírez Moreno (el gótico), al lado de figuras no menos importantes como las de José Camacho Carreño (el romántico), Joaquín Fidalgo Hermida, Eliseo Arango (el romano) y Silvio Villegas (la inteligencia).¹⁰ Los otros dos textos fueron publicados en la revista *Nueva Frontera*¹¹ y como el anterior, se proponen hacer un retrato de la personalidad, la dimensión intelectual y el impacto político de los cinco *Leopardos* en el acontecer nacional de los años veintes y treintas del pasado siglo.

Los miembros de este grupo también han sido adscritos a una corriente de sello único en el Gran Caldas conocida como el *Grecolatinismo*, de poderosa influencia en las generaciones intelectuales y políticas de esta región colombiana, entre los años treinta y cincuenta. A esta comunidad de huellas, parafraseando al historiador Marc Bloch, se denomina una generación, porque sus contemporáneos tienen las mismas influencias, pero, antes que nada, porque “su comportamiento presenta, respecto a grupos sensiblemente más viejos o más jóvenes, rasgos distintivos por lo común muy claros. Esto sucede hasta en sus desacuerdos que pueden ser muy profundos. Apasionarse por un mismo debate, aunque sea en un sentido opuesto, es todavía parecerse”.¹²

Miguel Álvarez de los Ríos se formó en el tradicional Instituto Universitario de la moderna Manizales de los años cuarentas; una ciudad con nuevos caminos de herradura, ferrocarril y cable aéreo. Su educación no escapó ni al influjo del *Grecolatinismo* ni al

10. Abelardo Forero Benavides, “El Leopardo Ramírez Moreno”, en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, mayo 27 de 1984, p. 13.

11. María Teresa Herrán, “Los cinco Leopardos”, en *Nueva Frontera*, “Los cinco leopardos: El ocaso de una generación rebelde”, febrero 19 al 25 de 1976, pp. 15-16 y *Nueva Frontera*, octubre 19 de 1974, pp. 5 y 16.

12. Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 171.

de *Los Leopardos*. De ellos heredó el sello humanista y universal, la militancia política, fruto de las convicciones de aquella lucha bipartidista que se ha encargado de modelar un país de ideología extrema. De *Los Leopardos* también recibió la forma particular de las personalidades de este grupo para asumirse en el escenario de la acción política, hasta constituirse en una especie de leyenda de “valor civil y de arrogancia ciudadana”, que en su momento compartió las mismas inquietudes intelectuales, la pasión lectora y el movimiento de la Acción Francesa.¹³ En suma, una inquietud común a una generación por el “buen estilo, elegante, atractivo y novedoso”, recordaría Eliseo Arango poco antes de morir.¹⁴

Hay que leer y escuchar a Álvarez de los Ríos para reconocer que en su momento también tomó distancia de la “literatura de montaña”, para beber en las fuentes de la generación española del 27 y del humanismo clásico, hasta lograr un sitio de protagonismo político en el acontecer regional del Gran Caldas. Desde muy joven se destacó como un lector compulsivo de la gran literatura: Shakespeare, Eugenio O’neil y los clásicos españoles y franceses fueron sus autores de cabecera. También leía literatura colombiana que buscaba en las ferias de libros o junto a la galería de Pereira, donde compraba a dos pesos los clásicos que se exhibían en las aceras. Por estas pesquisas conoció a Vargas Vila, el radical, el combatiente de los gobiernos de derecha y de las dictaduras. Como casi todos los de su generación, Álvarez de los Ríos llegó a este autor panfletario, y a veces descuidado en la escritura, por pura curiosidad. Cuando tenía quince años ya había leído *Salomé*, después leería *Rosas de la tarde*, *La azucena roja*, *Ibis*, *Pretéritas*, *Las lobas del capitolio*. Vargas Vila fue un radical igual o más combativo que aquellos del Estado republicano decimonónico colombiano que defendieron una democracia económica y política, mientras pugnaban por una Iglesia dedicada únicamente al culto religioso y a la institucionalidad laica.¹⁵

Las influencias de la literatura clásica universal y colombiana, del radicalismo del siglo XIX, pero también de los *grecolatinos*,

13. *Nueva Frontera*, “Los cinco Leopardos: El ocaso de una generación rebelde”, Op. cit., p. 20.

14. María Teresa Herrán, Op. cit., p. 5.

15. Jorge Valencia Jaramillo, “José María Vargas Vila”, conferencia dictada en la Academia Pereirana de Historia, octubre de 2006.

se deja rastrear en la obra de Miguel Álvarez de los Ríos, en su pluma y oratoria de preciosismo humanista y en las apreciaciones de una cultura política intelectual que clasificaba a los seres humanos en pares de opuestos: los de personalidad ejemplar con existencias únicas y vitales y los de personalidad monótona con existencias mediocres. Cuenta Otto Morales Benítez que José Mar, un escritor y orador boyacense, dio el nombre de *grecolatinos* a esta generación presidida por la “insigne inteligencia” de Silvio Villegas, la “excelsa oratoria” de Fernando Londoño Londoño (Pico de Oro), y la “inmensa personalidad” de Gilberto Alzate Avendaño.¹⁶ Al lado de este movimiento cultural también surgió otro no menos vigoroso en Caldas, pero quizá de menos impacto, que congregaba escritores de las capas medias y de los sectores obreros, y que tuvo como órgano de difusión la revista *Atalaya*, dirigida por el poeta Gilberto Agudelo.

En los años treinta la ciudad de Manizales también sería una de las más importantes difusoras de las iniciativas de renovación pedagógica y de impulso a la circulación del nuevo libro pedagógico. Para Renán Silva, estas Sociedades Pedagógicas sin duda fueron “la más extendida forma moderna de sociabilidad magisterial”¹⁷, de un impacto cultural sin precedentes. Lo que llama la atención es que una región de orientación conservadora y clerical fuera, en este caso, la principal avanzada en reformas de inspiración liberal.

En este ambiente cultural nació Miguel Álvarez de los Ríos en la ciudad de Pereira. Cuando llegó a estudiar al Instituto Universitario en Manizales, la provinciana y próspera ciudad capital del Gran Caldas, tenía ya una tradición propia tanto en el cultivo del café como el de las letras.

Sin embargo, antes de que existiera el *Grecolatinismo* y *Los Leopardos* –en aquel propósito suyo de dialogar con la cultura universal y moderna–, había existido una primera generación de intelectuales caldenses, descendiente de los colonizadores, que al

16. Albeiro Valencia Llano, *Otto Morales Benítez: De la región a la nación y al continente*, Manizales, Federación de Aseguradores Colombianos, 2005, pp. 41-46.

17. Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular*, Medellín, La Carreta, 2005, p. 162.

despuntar el siglo XX había dispuesto de fortuna y de dinero para estudiar en las universidades de Bogotá y Medellín, y cimentar “una aristocracia del talento que se encargaría de dirigir el joven departamento de Caldas”.¹⁸ Los esfuerzos se dirigieron hacia la fundación de centros educativos para el desarrollo económico y social del recién creado departamento y hacia la gestión cultural que dio inicio a los concursos literarios de los “Juegos Florales” y abonó el terreno para las publicaciones de las revistas *Nueva y Motivos*. La afición por las letras¹⁹, por la historia²⁰ y la creación de la Imprenta Departamental en el año de 1918, convirtió a Manizales en una especie de “Meridiano Cultural” y allanó el camino para que una segunda generación de intelectuales irrumpiera en los años veintes alrededor de los diarios, las revistas especializadas y las tertulias y veladas literarias que se organizaban en Manizales, Salamina, Manzanares y Ríosucio.²¹ La Librería Moderna y el Instituto Universitario son los dos centros donde convergió esta intelectualidad de letrados, políticos y tinterillos de oficio, que lucían el gorro frigio y se atrevieron a embestir contra Monseñor Darío Márquez, autoridad clerical de entonces, famoso por las diatribas que solía armar desde el púlpito.

Pero si a esta tradición intelectual, que surgió entre 1910 y 1930 y que también se le conoce como la Generación del Centenario, se suma el legado de la cultura política y literaria del siglo XIX, con sus aciertos y sus lastres, es posible entender cómo la figura intelectual de Miguel Álvarez de los Ríos pudo saltar de la aldea hacia una figuración en el periodismo nacional, pero sobre todo comprender sus herencias y distanciamientos de una época, una generación.

-
18. Albeiro Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual*, Manizales, Universidad de Caldas, 1997, p. 34. En este grupo sobresalieron: José Ignacio Villegas, Emilio Robledo, Daniel Gutiérrez Arango, Alejandro Gutiérrez y Aquilino Bedoya.
 19. En el año de 1910 se creó el Círculo Bergerac. El fundador fue Jorge S. Robledo y le acompañaron Tobías Jiménez, Aníbal Arcila, Óscar Arana y otros.
 20. Por sugerencia de la Academia Colombiana de Historia, en 1911 se creó el Centro de Estudios Históricos de Manizales y de Caldas.
 21. Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual*, Op. cit., p. 41.

Las improntas intelectuales

Si Miguel Álvarez de los Ríos ha creado su propio estilo en el vestir, ha hecho apropiación de ademanes singulares –heredados de su madre– para imitar personajes y describir villorrios, ciudades o amadas urbes como Nueva York, pero sobre todo para reírse de sí mismo; si ha asumido un particular histrionismo de narrador fantástico de su existencia y cultivado la soberbia intelectual del periodista erudito y *hombre de letras*, con la propia noción disraelina de su destino (“La vida es demasiado corta para empequeñecerla”²²), lo mismo se podría decir de *Los Leopardos*, que asumieron con ironía su aislamiento cultural y con cierta arrogancia la contingencia de la política. Camacho, reconocido orador y de temperamento ciclotímico; Ramírez, el más *leopardo* de los *leopardos*, destacado por sus movimientos felinos y gestos nerviosos; y Villegas, impulsivo, combativo y voluble, de una memoria sorprendente, que fuera capaz de desafiar a Laureano Gómez en un famoso editorial que tituló “El Papagayo”, en respuesta a un ataque realizado por Laureano Gómez a la administración de Abadía Méndez. *Los Leopardos* fueron contemporáneos de una generación de jóvenes liberales no menos combatiente y rebelde, entre los que se destacaban Gabriel Turbay, Jorge Eliécer Gaitán, José Joaquín Castro Martínez y Simón Bossa Navarro.²³

Sin esta herencia intelectual tal vez Miguel Álvarez de los Ríos no habría arrostrado con estoicismo “la disciplina para perros que le impuso el partido liberal” –como él mismo confiesa– o no habría “derramado sudor y lágrimas cargándole la pesada cruz a Julio César Turbay”, o tal vez nunca hubiese tenido de modelo a la generación romántica y realista de políticos del radicalismo liberal como Aquileo Parra, Manuel Morillo Toro, Felipe y Santiago Pérez y el general Santos Acosta, que poseyeron fortunas modestas, ocuparon cargos públicos o se dedicaron al periodismo, y pretendieron derrotar, aunque fuera por un breve tiempo, al clero y a los conservadores. Habrían de perder, eso sí, la batalla más importante tratando de incorporar y adaptar ideales

22. Frase atribuida a Benjamín Disraeli que repetía con frecuencia el *Leopardo* Augusto Ramírez Moreno; véase: Forero Benavides, Op. cit.

23. *Nueva Frontera*, “Los cinco Leopardos: El ocaso de una generación rebelde”, Op. cit., p. 20.

modernos, levantar puentes y construir carreteras y vías férreas, para salir de la parroquia hacia los mercados de la “civilización” europea.

La ejemplaridad o rectorado espiritual que ejerció el radicalismo liberal de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia, dejó como consecuencia un estado débil dentro de una estructura de dominio local y regional difícil de combatir.²⁴ Pero, ¿quién discute los principios e ideales de aquella generación que, de otro lado, legó una impronta de lucha contra el fanatismo, las desigualdades, las supersticiones y la ignorancia? Con este último legado, el liberalismo de los años treinta del siglo XX, volvió a desempeñar una dimensión cultural y partidista que tuvo como sus mejores exponentes a López Pumarejo, Lleras Camargo y Eduardo Santos.²⁵

Sobre esta base de valores Aquileo Parra se erige como una de las figuras políticas más evocadas por Miguel Álvarez de los Ríos. La personalidad de este político y militar santandereano y de otros de aquella región colombiana en el siglo XIX, lo lleva a expresar con frecuencia que “Santander debería estar más cerca de Risaralda”. Cree que Aquileo Parra ha sido uno de los más grandes hombres de Colombia en todos los tiempos, porque era un hombre de una gran fuerza de convicción que amaba a su país. “Él mismo, con su plata y con sus hermanos que vendían bocadillos veleños, se metió al Carare tratando de hacer una vía para conectar a Santander con Bogotá y con el exterior”. Pero lo que más admira Álvarez de los Ríos de Aquileo Parra es la inflexibilidad en sus convicciones, la seguridad en lo que pensaba, no como los políticos de ahora –enfatisa– que cambian de ideas y de partidos para que los nombren ministros, gobernadores, directores. “Santander huele a trapiche; Santander huele a rastrojo quemado; Santander huele a historia patria”, afirma en cuanto deja su pocillo de café en la mesa, antes de sumergirse en un profundo silencio.

La ejemplaridad de Aquileo Parra, al lado de una clase de políticos decimonónicos que fueron prolíficos, eruditos y formi-

24. Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual*, Op. cit., pp. 8- 9.

25. Marco Palacios, “Segunda parte: Desde 1875 hasta el presente”, en Marco Palacios y Frank Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*, Bogotá, Norma, 2002, p. 540.

dables gramáticos –con una amplia difusión fuera de Colombia–, ha nutrido la idea de “una edad de oro”, conformada por lexicógrafos, gramáticos, filólogos y letrados vernáculos.²⁶ Tanto los unos como los otros fueron políticos que conocieron la pobreza, ascendieron en la escala social y política y murieron fieles a sus ideas. Entre éstos, alcanzaron una figuración intelectual Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín y José María Vergara y Vergara, quienes fueron miembros correspondientes de la Academia Española. Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo escribieron una gramática latina, editada varias veces, de gran estima en España. Marco Fidel Suárez y Miguel Abadía Méndez, ostentaron títulos de gramáticos y católicos confesos, de igual manera que Santiago Pérez y el propio Rafael Uribe. Todos ellos fueron protagonistas de primera línea en la política nacional, y a partir de 1885 algunos alcanzarían el solio presidencial: Marco Fidel Suárez (1918-1921) y Miguel Abadía Méndez (1926-1930).

La cultura humanística, la erudición, el dominio de las leyes y la preeminencia del saber práctico sobre el especulativo, serían el componente esencial de la hegemonía conservadora desde 1885 hasta 1930. Esta hegemonía le heredó al país y a una generación como la de Miguel Álvarez de los Ríos, el peso político y cultural de la Iglesia, la censura a cualquier radicalismo liberal, la exaltación del pasado español, el nacionalismo, el antiimperialismo y el discurso moderno.²⁷ Un sistema de valores que también ha sido denominado el *espíritu neoborbónico* –ausencia de compromiso y pericia en el saber práctico y científico–, un desprecio por la riqueza, una ambición desmedida por el poder y un agudo sectarismo que se manifestaría en la violencia de los años cuarentas y cincuentas del siglo pasado, que, precisamente, caldearía el espíritu liberal de Álvarez de los Ríos. Con razón también se ha llamado a los contemporáneos de Miguel Álvarez de los Ríos –los nacidos entre 1920 y 1930, con vigencia hasta 1950– la “generación de la violencia”.²⁸ Aunque con humor Álvarez de los Ríos prefiere reconocerse como modelo de la “generación tres pata-

26. Malcolm Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993, p. 27.

27. Albeiro Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual*, Op. cit., p. 30.

28. Albeiro Valencia Llano, *Otto Morales Benítez: De la región a la nación y al continente*, Op. cit., p. 208.

das”, por referencia a los carros que en ese tiempo necesitaban de la acción del embrague dos y tres veces, para que así pudiera ingresar la palanca de cambios.

La prolijidad de la lengua no garantizó la tolerancia política en el siglo XIX y tampoco en el XX. Doscientos mil muertos en los campos y ciudades de Colombia durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado son una cifra contundente, un acontecimiento tan dramático como la cifra de cien mil muertos que dejó la guerra de los Mil Días –nos recuerda Albeiro Valencia Llano– cuando el país apenas tenía unos cuatro millones de habitantes.²⁹ Esta última cifra sólo puede entenderse en el contexto de una lucha partidista entre liberales y conservadores en la segunda mitad del siglo XIX, y en el contexto de la hegemonía política y cultural que a partir de 1885 impuso el partido conservador y la Iglesia católica. Ya desde 1863 la Iglesia, aliada con el partido conservador, venía predicando que “el liberalismo era pecado”. En esta lucha ideológica y de poder, el liberalismo había llegado dividido a las elecciones presidenciales de 1876, entre los “independientes”, a la cabeza de Rafael Núñez y los radicales, con la candidatura de Aquileo Parra.

La derrota en las elecciones del partido conservador dio pie a la guerra de 1876 y 1877, con un saldo a favor de los liberales radicales que habían ganado las elecciones, pero que fortalecía al mismo tiempo la alianza entre los independientes liberales y los conservadores, hasta que lograron derrotar a los liberales radicales en la guerra de 1885, preámbulo de la Regeneración y de dos guerras más (1895 y 1899-1902) en favor de los conservadores, y el triunfo definitivo de un pensamiento que le guardaba culto al pasado español, la religión católica y los valores intelectuales y literarios de sus gramáticos. Con razón se ha dicho que esta situación de intolerancia política “llevó a que el siglo XX heredara un sistema de valores y el ‘espíritu sectario agudo’ del siglo XIX, lo que se manifestaría en la violencia cotidiana del presente siglo”.³⁰

Pero si se trata de ser más equilibrados con las herencias del pasado, hay que decir que la Regeneración también fue una pro-

29. Albeiro Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual.*, Op. cit. p. 15.

30. *Ibid.*, pp. 12-13.

puesta contra la violencia que se desató en muchas regiones liberales del país y contra la inflexibilidad de su ortodoxia partidista, que fue intransigente e intolerante. No se puede desconocer –advierte Frank Safford– que el liberalismo fracasó en “el ideal republicano de difundir la educación y llevar la escuela al pueblo”.³¹ La pugna regionalista fue otro acicate para el fracaso de este proyecto y con ella los efectos de las guerras civiles, el déficit fiscal y el reformismo constitucional.

La Regeneración significó para el país una propuesta de estabilidad política y económica con la centralización del Estado, el control del capital financiero, el apoyo a los latifundistas, la modernización de la producción cafetera y, por ende, la acumulación de capitales y la primera etapa de industrialización del país y la construcción de carreteras, caminos de herraduras y vías férreas para consolidar un mercado nacional. El gobierno de Rafael Reyes (1904-1909) asumió la reconstrucción del país luego de la guerra de los Mil Días, trató de mediar entre los dos partidos, profesionalizó el ejército y desmontó los poderes regionales, recomponiendo el armazón geopolítico del territorio nacional. Estas reformas eran previsible, pues al entrar el país al siglo XX –explica Frank Safford– “era palpable el escaso desarrollo del capital humano, físico y financiero. Entre los países latinoamericanos el país ocupaba uno de los últimos sitios de acuerdo con los índices de alfabetización, dotación de ferrocarriles, caminos, puentes, puertos; de urbanización, bancos y red de sucursales bancarias”.³²

Posterior a la Asamblea Nacional Constituyente que se convocó en 1910, se esperaba que el país entrara en un ambiente de concordia nacional, pero de nuevo los intereses partidistas irrumpieron en la escena pública para conducir al país por un clima de intemperancia política:

Se puede afirmar –dice Valencia Llano– que la reforma de 1910 y la administración de Carlos E. Restrepo habían creado las bases para una vida política más democrática y laica, pero las administraciones de Vicente Concha y Marco Fidel Suárez habían acentuado poco a poco, aunque

31. Frank Safford, *Op. cit.*, p. 456.

32. *Ibid.*, p. 469.

manteniendo el carácter civilista y legalista del gobierno, los elementos tradicionales que iban a contrapelo de la evolución económica y social.³³

Pese a este ambiente político tradicional, la Iglesia no pudo sostener el monopolio del sistema educativo, y el estudio de algunos grados de secundaria comenzó a considerarse como un requerimiento de ascenso social; en las capitales nacían secundarias privadas laicas y escuelas de comercio.³⁴ De manera que hacia los años veintes el país entró en una especie de ascenso cultural y económico sostenido como consecuencia de la expansión cafetera, el crédito externo y los 25 millones de dólares por la indemnización de Panamá. Fue en este contexto en el que nació el grupo de *Los Leopardos*, y también el escenario para que el país entrara en una etapa de cambios políticos y económicos que muy pronto llevaron al partido liberal al poder en 1930 y a una primera industrialización por sustitución de importaciones, en el marco de la crisis económica mundial de los años treinta y las reformas liberales en el gobierno de Alfonso López Pumarejo.

De tiznados Leopardos

Silvio Villegas fue una de las personalidades más representativas de *Los Leopardos* y de los *grecolatinos*. En el Instituto Universitario de Caldas –donde estudiaría el joven Miguel Álvarez de los Ríos– Silvio Villegas conoció a Eliseo Arango, oriundo de Bagadó (Chocó) y quien había ingresado a los once años al Instituto Universitario de Manizales. Más tarde, cuando Silvio Villegas comenzó a publicar sus primeros escritos en *La República*, se conoció con Augusto Ramírez Moreno, Joaquín Fidalgo Hermida y José Camacho Carreño. El origen del nombre del grupo es relatado por el propio Silvio Villegas:

En el periódico *La República* conocí a Augusto Ramírez y a Joaquín Fidalgo Hermida. A José Camacho Carreño lo conocí más tarde (...) Nos reuníamos en un apartamen-

33. Albeiro Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual.*, Op. cit., p. 20.

34. Frank Safford, Op. cit., p. 536.

to de la carrera 8ª entre calles 18 y 19 a discutir los más variados temas de literatura y de política. El grupo fue bautizado por Ramírez Moreno en memoria de tres ágiles y combativos leopardos, auténtico orgullo de un circo de fieras que visitaba entonces a Bogotá. Germán Arciniegas fue quien primero lanzó el nombre al gran público. Audazmente aceptó el reto en un artículo del *Nuevo Tiempo*, titulado 'En la cueva de *Los Leopardos*'. Nuestra primera manifestación conjunta fue un reportaje a *La República*, editado en la edición de estreno de los nuevos talleres.³⁵

Abelardo Forero Benavides trae a colación el origen del nombre de este grupo para dar cuenta de la personalidad aguerrida de sus integrantes y del papel que desempeñaron en los años veintes, al constituirse como una novedad que rompía con las tradiciones políticas del partido conservador, los modales y la retórica tradicional. *Los Leopardos* irrumpieron en la escena pública en un momento en el que ya se vislumbraba la caída del partido conservador y cuando una juventud liberal de las mismas características, encabezada por Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, se mostraba igual o más punzante.

El propósito de *Los Leopardos* era "sacar al partido conservador de la senescencia en la que había caído". El llamado también era a la unidad nacional en torno a las ideas tradicionalistas. Así lo manifestaron en el artículo titulado "En la cueva de *Los Leopardos*". Un manifiesto de alcance nacionalista que llamaba a la unidad del partido, a su progreso intelectual y a la defensa de la libertad y el orden. Esto anotaría Eliseo Arango años después (1976), a propósito de dicha declaración: "Era un manifiesto hecho para la época, es decir hace cincuenta años. Gémenes de Ideas. Ideas en agras. Pero insistíamos en el principio todavía vigente de que las ideas conservadoras no son ideas atrasadas".³⁶

La furia de los "profetas conservadores del pasado" pudo haber sido un aliciente para continuar insuflando los ánimos del grupo, pero éste se disolvió tan pronto como el partido conservador perdió las elecciones presidenciales de 1930. El tinte de la "furia amarilla leopardo" ya se veía desvanecer en el temporal

35. Abelardo Forero Benavides, Op. cit., p. 13.

36. María Teresa Herrán, Op. cit., p. 5.

que sacudió al gobierno central los días 7 y 8 de junio de 1929. En la ciudad de Bogotá se había convocado a un paro cívico ante las denuncias del caos administrativo y la malversación del tesoro municipal, con la aparente complicidad del presidente Miguel Abadía Méndez. Las denuncias habían proveniendo de Luis Augusto Cuervo, alcalde de Bogotá, por lo que fue destituido. En las manifestaciones fue herido de muerte por la fuerza pública el estudiante Gonzalo Bravo Pérez, hecho que fue reprobado por los habitantes de Bogotá y contribuyó al deterioro del partido de gobierno.³⁷

Como era previsible, *Los Leopardos* aquella vez estuvieron de parte de los manifestantes, por considerar justa la causa. También apoyaron las voces contra el régimen conservador por el pésimo manejo que le había dado a la huelga de las bananeras. Para las elecciones de 1930 apoyaron la candidatura del intelectual conservador Guillermo Valencia, contra la del general Alfredo Vásquez Cobo. De otro lado, animaron a los liberales para que lanzaran la candidatura liberal de Enrique Olaya Herrera, con la esperanza de que los conservadores cerraran filas alrededor de Valencia. Pero la jugada política se fue al traste porque los conservadores continuaron divididos y Olaya ascendió al poder.³⁸

Este fue el fin de *Los Leopardos*. Cuando apenas iniciaban su carrera política el partido conservador se desplomó. Para ciertos contemporáneos, *Los Leopardos* no fueron más que unos “gatitos” que pretendieron desconocer a tantos que brillaban en diversas actividades decorosas, además de haber sido marionetas en la crisis del 29 –como tantos otros jóvenes– de Luis Augusto Cuervo, que procedió a destituir a un cuñado de Abadía, cuando supo que en la gobernación cursaba el decreto de su propia destitución.³⁹

Después de 1930, *Los Leopardos* desaparecieron como grupo. Albeiro Valencia Llano aclara que “Fidalgo se esfumó de la escena política, Eliseo Arango se opacó, Camacho Carreño apoyó

37. Historia de Colombia, “Movimientos estudiantiles”, en *Historia de Colombia*, Bogotá, Oveja Negra, 1986, pp. 554-555.

38. Albeiro Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual*, Op. cit., pp. 45-46.

39. Rafael Serrano, “Al margen de Los Leopardos”, en *El Gráfico*, No. 1012, enero 17 de 1931, p. 49.

la candidatura de Olaya Herrera y en 1931 se puso al lado del presidente en su política petrolera a favor de las compañías extranjeras.⁴⁰ Para el nacionalismo de Silvio Villegas la posición de su amigo era una traición que lesionaba los derechos de Colombia.⁴¹ Una postura política que en su momento había sido consecuente con el pensamiento de *Los Leopardos* y de Silvio Villegas, quien en 1931 pronunció un fuerte discurso en la Cámara de Representantes contra el imperialismo económico, al discutirse en segundo debate el proyecto de ley por el cual se aprobaba un contrato de explotación de petróleos en la región del Catatumbo.⁴²

En este discurso de connotadas referencias a los clásicos griegos como Platón y Aristóteles, los pensadores ilustrados europeos del siglo XVIII y los propios próceres y gramáticos colombianos del siglo XIX, Silvio Villegas expresó no estar de acuerdo con Camacho Carreño por la entrega de la soberanía nacional al imperialismo económico norteamericano. Una nefasta política que se constituía en el mayor drama de América Latina por dejarse seducir ante tales “caricias de serpientes”, y que los mismos inspiradores de la nación norteamericana condenarían por la concentración monopolista de la producción. Silvio Villegas le daba la razón a los argumentos de Marx que ya habían anunciado la tercera fase monopolista del capitalismo, y recordaba que ya siete años atrás él mismo, con Camacho Carreño y Eliseo Arango, había proclamado el pacto nacionalista como un acto perenne de fidelidad a la República.

Los investigadores de esta generación coinciden en que *Los Leopardos* dejaron de existir después de 1930 y que la ruptura se hizo definitiva con la “traición” de Camacho Carreño al manifiesto nacionalista. También coinciden en afirmar que la opinión pública se enfocó sobre la actividad intelectual y política de Augusto Ramírez Moreno y especialmente de Silvio Villegas, quien

40. También fueron muy conocidos los enfrentamientos oratorios de Camacho Carreño con Jorge Eliécer Gaitán. La tragedia le llegó a Camacho Carreño el día en que se enfrentó a su cuñado y lo asesinó. Se dice que acojonado por el crimen se lanzó al mar, en Puerto Colombia, el 18 de junio de 1940; véase: Edmundo Gavassa Villamizar, “Personajes del siglo XX”, en *Nuestro Santander*, Bogotá, Periódicos Asociados, 2005, p. 178.

41. Albeiro Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual*, Op. cit., p. 46.

42. Silvio Villegas, *El imperialismo económico*, Bogotá, Cervantes, 1931, pp. 1-40.

regresó a la tribuna del diario *La Patria* para seguir proyectando en Caldas su imagen de “ávido lector, devorador de libros y memoria prodigiosa”.

Camacho Carreño fue el orador por antonomasia del grupo y Eliseo Arango la serenidad y discreción. De *Los Leopardos* alguna vez también se escribió: “Eliseo Arango era el sustantivo, Silvio Villegas el adjetivo; Camacho Carreño el verbo y Augusto Ramírez Moreno la interjección”.⁴³

Sin duda la personalidad y carácter de los miembros de este grupo marcó la formación de Miguel Álvarez de los Ríos. Al igual que personalidades como las de Gilberto Alzate Avendaño y Bernardo Arias Trujillo. Álvarez de los Ríos aún recuerda de Alzate, con admiración, la “madera de sus ideas, la pasión y el sentido del humanismo, pese a la forma como éste promovió la violencia en términos absolutos en una época en la cual nadie podía escapar de ella”. De Silvio Villegas evoca también sus profundas convicciones conservadoras y un texto, *La canción del caminante*, “para cuando alguien esté triste o desolado, o de noche no pueda conciliar el sueño y le acometa la melancolía, una frustración, un deseo, o para cuando alguien sienta que se le está cayendo el mundo”.

De Bernardo Arias Trujillo, Álvarez de los Ríos reconoce la formación intelectual de éste y su emoción profunda de las cosas, aunque se distancia de la obra por su barroquismo y su escritura un tanto empalagosa. Cree que Arias Trujillo escribió “cosas muy bonitas pero ninguna profunda, un mal que aqueja a muchos escritores de ahora que no estudian filosofía, historia o ciencias políticas, y terminan haciendo cosas muy bonitas sin ninguna profundidad”. Alguna vez Carlos Castro hizo un reconocimiento de Arias Trujillo que él evoca: “Tierra de Arias Trujillo, señor de los paisajes y la policromía, que nombraba una rosa y parecía que toda la montaña era un rosal y que ese rosal amanecía”.

Álvarez de los Ríos le da su dimensión y sitio a los *grecolatinos*. No está de acuerdo con los intelectuales que les ha dado por vituperar de esta corriente de la estética literaria. El argumento es simple: la gente que quiera acceder a las letras debe tener

43. Abelardo Forero Benavides, Op. cit., p. 13. La cita es retomada de Jorge Padilla.

una influencia grecolatina, debe haber leído *La Ilíada* y *La Odisea*, pero también reconocerse en *El Quijote*, o haber leído alguna vez *El Capital* de Marx, por señalar sólo unos referentes imprescindibles.

Pero no sólo las herencias intelectuales moldean el estilo y el carácter de una personalidad. No hay impronta más contundente que la del seno familiar.

Una cuna extranjera, una paternidad liberal y una educación conservadora

Cuando nació Miguel Álvarez de los Ríos en 1935, el partido conservador había perdido el poder y el país asistía a las reformas liberales de Alfonso López Pumarejo. El ambiente de formación no pudo ser más extraño para este hijo de la provincia. La familia materna de Miguel Álvarez de los Ríos era de filiación política conservadora, mientras que su padre era un liberal confeso. Sus abuelos españoles de Ríos Cock habían sido escritores y sus tatarabuelos ingleses de Liverpool –Dick Cock y Mery Williamson–, también provenientes de una clase media intelectual. Estos ancestros habían llegado a Riosucio, Marmato y Supía mediante contratos mineros que les hizo el gobierno republicano después de las guerras libertadoras. Su abuelo paterno, Juan Miguel Álvarez del Pino, provenía de Rionegro Antioquia y su padre, Marco Antonio Álvarez, había nacido en Manizales.

Miguel Álvarez de los Ríos todavía evoca el viaje que debieron hacer los ancestros de su madre Mercedes, primero en barco desde su puerto de origen hasta Cartagena, y luego hasta Medellín y Marmato, a lomo de mula, siguiendo la abrupta ruta del oro, para asentarse a explotar unas riquezas minerales, cuyas remesas periódicas a la Metrópoli británica, hacían subir las acciones de la bolsa de Londres.⁴⁴

Es reconocido que el apellido antecedido de la partícula “de” no significaba noble cuna o abolengo. Pero hacia 1879 debemos suponer que el bisabuelo de Miguel Álvarez, Juan de Dios de

44. Miguel Álvarez de los Ríos, “Yo, periodista”, en *El imparcial*, Año XXIX, diciembre de 1977.

los Ríos Duque, consolidaba una cierta fortuna en las nuevas tierras de la colonización. Su nombre se registra en Marmato como firmante de la Sociedad Minera de Libia y San Francisco, con personas no menos distinguidas en el ámbito empresarial minero, como el coronel Clemente Díaz Morkum, Francisco Senén Tascón, José de Jesús Hernández, Felipe Lenis, León Hernández y Vicente de la Cuesta. En 1882 también se registra el nombre de Juan de Dios de los Ríos en Supía (escritura 154 de 1882) en la Sociedad de Amalgamiento de Taborda, para beneficiar minerales de plata, junto a los nombres de Clemente Díaz Morkum, Bartolomé Chávez, Julio Richter y Francisco Stephens.⁴⁵ Ese mismo año Juan de Dios de los Ríos hace parte de la Sociedad de Amalgamación de Imurrá, junto con Jorge Tomás y Carlos Eugenio Gartner, Zacarías Fortunato Cock y Vicente de la Cuesta.⁴⁶

De esta corriente migratoria europea provienen otros apellidos extranjeros hoy muy reconocidos en el Gran Caldas: Eastman, Branche, Styles, Nicholls, Gartner, Bayer y de la Roche, entre otros. A estas familias extranjeras, que se mezclaron en Supía y Marmato con gentes locales y también colonos provenientes de Antioquia y del Tolima, se suman otras conformaciones culturales heredadas de corrientes migratorias de origen diverso en el Gran Caldas, que convierten a la región en una amalgama de tradiciones culturales y étnicas muy difícil de agrupar: antioqueños que habían penetrado masivamente por el norte, desde Arma hasta Manizales; por el sur, antioqueños, caucanos y tolimenses que penetraron desde Villamaría hasta Pereira y el Quindío –además de los radicales liberales y de aquellos de la guerra de los Mil Días que se asentaron en el Quindío–; por el occidente, antioqueños que se asentaron en pueblos de indios; y en el valle del Risaralda, negros huidos de las minas y de los reclutamientos.⁴⁷ Después de creado el departamento en 1905 los dirigentes veían con enorme preocupación esta diversidad, por

45. Emilio Gutiérrez, *Ángel Díaz Castellanos y los Díaz Morkum*, 2006 (Documento inédito).

46. Álvaro Gartner, *Los misteres de las minas*, Manizales, Universidad de Caldas, 2005, p. 355.

47. Albeiro Valencia Llano, *Bernardo Arias Trujillo: el intelectual*, Op. cit., pp. 33-34.

lo que trataron de encontrar un proyecto unificado para impedir la fragmentación. Lo que a la postre fue inevitable.

Esta diversidad cultural debió impactar la sensibilidad del joven Miguel Álvarez de los Ríos. En Manizales había unas tradiciones intelectuales que sin duda marcaron su educación, pero junto a estas formaciones elevadas del espíritu convivían otras de raíces ancestrales y migratorias de origen popular. Las leyendas, historias de arrieros, anécdotas ingeniosas, el humor y la picaresca, eran parte de la cotidianidad de su ambiente familiar. Los relatos de la madre aún están presentes en su memoria, especialmente los que ella contaba de su niñez en Riosucio y Manizales.

Miguel Álvarez nació en Pereira, en la calle 26 entre carreras séptima y octava, pero sus primeros años transcurrieron en la calle 19 con carrera 5ª. Después fue trasladado a Belén de Umbria, a la casa de sus abuelos maternos, donde cursó sus primeros años escolares, hasta que regresó de nuevo con su familia a Pereira, para culminar la básica primaria en el Instituto Caldas. La influencia de don Marco Antonio Álvarez fue moldeando su espíritu, pese a los valores y tradiciones familiares conservadoras en las que era formado.

Su padre, no obstante, representó lo más imperativo de su formación y espíritu liberal:

Mi padre era el menor de toda una familia, pero tenía unas tradiciones y un sentimiento familiar como pocas veces lo he visto. Él decía que el coronel Barrera Uribe era un gran hombre. Don Carlos Barrera es hijo de este personaje muy famoso a quien yo no conocí, pero que históricamente sé que fue el jefe del partido liberal en Caldas durante muchos años. El coronel Barrera Uribe había conseguido ese título militar en la guerra civil, y fue un hombre duro. He visto algunas fotos suyas; era un hombre gordo, grande. Él mató a un magistrado del Tribunal en Manizales, a bala, lo mató en la plaza, y entonces lo condenaron, y estuvo en la cárcel mucho tiempo. Yo estaba pequeño y mi papá, que era un gran liberal, iba a Manizales a visitarlo a la cárcel. Mi papá decía que ése era un gran jefe, que el hecho de que hubiera matado a un señor no le quitaba nada, que ese tipo se había batido

en la guerra en defensa del partido liberal. El coronel fue sobreviviente de Palo Negro, de las batallas grandes de Uribe y de Herrera. Aún hoy su hijo, don Carlos Barrera, me llama para que yo lo aconseje en algunas cosas, de pronto en hacer una inversión. No tengo ninguna idea de esas cosas de negocios, pero él cree que sí, y curiosamente cada vez que le aconsejo algo le resulta bien.

Las imágenes y las historias de su padre y de su madre vuelven una y otra vez. Pero si hay una imagen de Miguel Álvarez que no sea familiar y que esté muy presente en sus evocaciones es la de Gilberto Alzate Avendaño:

Él llegaba a mi casa los sábados, por allá en el año 47, en plena época de violencia. En mi casa mi madre hacía los sábados un sancocho delicioso, que llamaban de tres carnes –le echaban espinazo de cerdo, costilla de res y gallina de patio–. Alzate llegaba a las doce y media, cuadraba el carro frente a la casa, donde hoy está la clínica Risaralda. Cuando él entraba, mi papá, que era muy sectario, se salía por una puerta que la casa tenía por la carrera quinta: “Uno bien liberal y esta mano de godos aquí en la casa”. Recuerdo que una vez Alzate abrió la olla, era una olla grande –porque nosotros éramos muchos y la olla que usábamos era inmensa, de las que utilizan en las cárceles–, y Alzate metió un tenedor y sacó un pedazo de carne gorda. Alzate cogió esa carne y se chorreó toda la corbata, y mi mamá, que lo quería mucho, le dijo: “Mira Gilberto, cómo te volviste”. Ella se puso a limpiarle la corbata, pero estaba muy engrasada, entonces mi mamá le dijo: “No, no, no, esta corbata hay que lavarla”. “No, no, no –respondió Alzate–, tengo que irme para el occidente, para Belén”. Mi mamá le respondió: “No, no, no, espera yo te saco una corbata de Marco” (de mi papá), y le sacó la corbata, y él se la puso. Alzate se hizo frente al espejo a hacerse el nudo y comentó: “Esta corbata me va a ahorcar; una corbata de un liberal puesta en el cuello de un goda como yo, ésta sí me va a ahorcar”.

Pereira y el despertar de una vocación

Para Miguel Álvarez de los Ríos el “ser de Pereira” no es otra cosa que pertenecer a una aldea, hoy una ciudad enclavada en un punto de confluencias migratorias: caucanos, antioqueños, tolimenses, boyacenses, santandereanos, entre otros. Para Álvarez de los Ríos esta condición es la que ha definido a sus gentes, incluso a sus élites que “no tienen pretensiones de grandeza literaria ni de estilo, como sí es el caso en Manizales”.

El periodista y escritor Álvarez de los Ríos está lejos de creer que su ciudad de cuna sea sólo hechura de antioqueños. Poco después de la dictadura de Rojas, cuando fuera secretario del Concejo de Pereira en 1958, Álvarez de los Ríos tuvo la oportunidad de leer los informes y actas de los libros del cabildo y allí, en esas listas y protocolos, corroboró el carácter migratorio muy particular de Pereira. Esto lo dice con la convicción de saldar una polémica en la que los antioqueños “ni son los dueños de todo, ni los progenitores del mundo”. En este sentido de la interpretación histórica, Álvarez de los Ríos ha manifestado su interés de sellar toda polémica con el intelectual Víctor Zuluaga Gómez, frente al argumento del historiador según el cual Pereira Gamba engañó a los colonos, cuando éste habría donado unas tierras –para fundar la ciudad en 1863– que no le pertenecían. Son varias las razones que aduce el humanista para una factible polémica con Zuluaga Gómez⁴⁸, una de la cuales tiene que ver con la existencia de un documento que Álvarez de los Ríos encontró en los archivos del Concejo Municipal de Pereira. En este documento Clemencia Fernández, la viuda de Pereira Gamba, dirigió un memorial en 1910 solicitando un alivio económico por la pobreza en la que ella y su familia se encontraban. Una solicitud de justicia y precedente cívico patriótico en nombre de la memoria y honra de su esposo.⁴⁹ ¿Si Pereira Gamba hubiese engañado a

48. Víctor Zuluaga Gómez, *La nueva historia de Pereira: Fundación*, 2ª ed., Pereira, Litoformas, 2005.

49. Este dato y argumentos se corroboran en la última versión que sobre la historia de la fundación de Pereira entregó Emilio Gutiérrez Díaz a la Academia Pereirana de Historia. Véase: Emilio Gutiérrez Díaz, “La cesión de tierras de Guillermo Pereira Gamba a los primeros pobladores de la ciudad de Pereira” (estudio documentario, noviembre de 2006).

los colonos y a las autoridades que vivieron el proceso de fundación –se pregunta Álvarez de los Ríos–, cómo era posible que la viuda de Pereira Gamba estuviese haciendo tal solicitud, más aún cuando los miembros de la Corporación municipal debieron ser también protagonistas, o por lo menos, contemporáneos de la fundación?

El talante de Miguel Álvarez de los Ríos le ha permitido transitar por temas de carácter histórico sobre su ciudad, sin dejar de lado diversas preocupaciones culturales y sociales que lo vinculan al campo del periodismo. Las entrevistas de intelectuales y políticos y los temas raros y curiosos, plasmados en reportajes –algunos de los cuales le han valido reconocimientos (Mención en el Premio Simón Bolívar en la modalidad de Crónica y Reportaje, 1983)–, son la prueba de un espíritu creativo y sensible, atento a leer los signos de la cultura contemporánea, sin que por ello se hubiese desligado de una reflexión permanente sobre la “mixture” de su urbe:

Pereira no fue hechura de los antioqueños, aunque se debe reconocer que ellos tienen mucho que ver en la conformación de esta ciudad, porque yo no voy a cometer la torpeza de afirmar que no. Pero el origen de Pereira no es exclusivo de la colonización antioqueña. Aún el mismo poeta González, que era hijo de antioqueños, tiene un bambuco que dice de Caldas: “Por los caminos de Caldas llegaron las esperanzas de caucanos y vallunos, de tolimeses y paisas que clavaron en Colombia, a golpes de tiple y hacha, una mariposa verde que les sirviera de mapa”. Primero estuvieron los caucanos. Sin duda Pereira tiene influencia antioqueña, pero desde que yo era niño he conocido tolimeses, boyacenses, santandereanos, costeños. El doctor Roa Martínez, fundador de la Universidad Tecnológica, era de Guateque, Boyacá. También he conocido médicos, ingenieros, abogados, poetas, escritores, industriales y gente de sociedad y del común que han venido de otras partes. Pereira ha sido una mixture de gentes. A quienes han llegado a esta ciudad les ha dado el “síndrome de Pereira”. Llegan pensando que se quedarán por una temporada y de pronto eligen quedarse, echar aquí raíces.

De modo que Pereira ha sido un tema permanente en las evocaciones y apuntes críticos de Miguel Álvarez de los Ríos: de la aldea íntima, sin aglomeraciones, “ni ‘trancones’ de tránsito”, a la ciudad de hoy que sucumbe a “la piqueta ruidosa del progreso”, Pereira se extravió un poco, dice, “en sus noches bohemias con estrellas y luna, en los malvas de los amaneceres con guirnaldas, de músicas de guitarras en los balcones saledizos; con sus canciones frívolas, sus modas anodinas e impersonales, vida aquella sujeta a un orden metódico, ritualista y puntilloso, entre sus lluvias impersonales”.⁵⁰ Por este entrañable aprecio a su ciudad es que ha querido hacer su historia, aunque no se sienta historiador, sino literato, “con fallas en su formación y graves defectos de estilo”, puntualiza el escritor.

Un paseante de las ciudades es también Miguel Álvarez de los Ríos; después de Pereira sólo hay otra ciudad que ha recorrido y amado como ninguna: Nueva York. En la ciudad de los rascacielos ha establecido relaciones espontáneas, dignas de narrar, con fotógrafos, *harlistas*, aficionados al béisbol y ha logrado las entrevistas más inverosímiles, y en los momentos más inesperados: en un café, a la salida de un restaurante, en el aeropuerto. A Norman Mailer, uno de los grandes del periodismo norteamericano, lo reconoció en el descansillo de una escalera y lo abordó, a su modo. Las calles de Nueva York, para él, son entrañables como las de Pereira. En ellas un vendedor de *hot dogs* le reveló dónde se toma el mejor café del mundo, por supuesto, colombiano; un anticuario le marcó la ruta del parque y del árbol en el que permanece grabado un poema con la firma de puño y letra del poeta Walt Whitman. Como un coleccionista de lo curioso y lo extraño, cada estación o cualquier paraje señalado en el mapa de sus extravíos, se convierten de pronto en el pretexto para hilvanar una historia y para exaltar un yo no exento de ironía y humor, sobre todo cuando las circunstancias lo llevan a encontrarse con gente anónima en las calles o en los aeropuertos o en las estaciones de tren y basta una palabra, como diría el poeta, para continuar

50. Miguel Álvarez de los Ríos, “Sentido crítico de la historia: evocación cordial de don Elías Recio”, en Carlos Arboleda González y Horacio Gómez Aristizabal, *Oradores del gran Caldas*, Manizales, Instituto Caldense de Cultura, Edigráficas, 2001, p. 67. (Discurso pronunciado en la instalación de la Academia Pereirana de Historia, 30 de agosto de 2000).

construyendo ese mundo que en Álvarez de los Ríos vive poblado de fantasmas y seres con vocación artística, de voces que han nutrido los cambios y transformaciones de un país que se ha propuesto dialogar con la modernidad, más allá de sus conflictos internos y sus impulsos de barbarie y aislamiento.

Política y periodismo

Tal vez Miguel Álvarez de los Ríos no pertenezca ni a la Sociedad de Mejoras Públicas, ni a los clubes Rotario o de Leones, ni a la Cámara Junior, ni a ningún club social, pero ha recibido medallas y honores de estas instituciones que lo reconocen como un *hombre de letras*, con un fuerte espíritu cívico y social; ha participado en diversos eventos culturales y ha prologado más de una docena de libros, entre los que se cuentan reediciones de los primeros cronistas de la ciudad, Echeverri Uribe, Ricardo Sánchez, Fernando Uribe. Sus preocupaciones intelectuales lo han llevado a reflexionar sobre temas tan diversos y espinosos como el satanismo, la homosexualidad, el gnosticismo, la pornografía, la magia negra, el malditismo y la brujería. En su vocación periodística ha conocido y vivido el mundo de la política y de sus élites, al tiempo que ha seguido de cerca la historia del vendedor de frutas, del habitante de la calle, de los seres anónimos que pueblan, en últimas, la galería de héroes que Álvarez de los Ríos suele identificar en sus novelistas predilectos. El universo de lo extraño y de la mujer han sido su pasión, como el arte de conversar, en el que suele contar una serie de proyectos que parecieran propios de la ficción o el desvarío. Y es allí donde surge el literato, ese “Gran escritor-duende”, como alguna vez lo nombrara Roberto Posada García-Peña (D’Artagnan), cuyos temas se imponen a medida que se sabe paseante y habitante de un mundo en movimiento.

He leído un libro muy bello, *Las muchachas de San Frediano* de Vasco Pratolini. El escritor allí se refiere a una cantidad de muchachas que pasaron por su vida y cuyos destinos fueron trágicos; una murió ahorcada, a otra el fachismo la mató y así. Pero a él le interesó, más allá del sentido trágico de la existencia individual, resaltar la belleza de

esas mujeres, su lugar en el mundo. Pratolini también tiene una novela hermosísima, *Crónica de los pobres amantes*, que narra la vida en un suburbio de Roma en la época fachista, entre los años veintes y treintas. Esos libros son difíciles de conseguir, pero yo he sido un paseante de las librerías de viejo y esos libros, cuando menos lo espero, se presentan a mis ojos. He conseguido libros en París, en Nueva York, en Miami, en España, en Bogotá, en Cali, en Pereira, libros de viejo, libros que originalmente costarían mucho dinero, pero que en estos lugares de transacciones casi clandestinas, los libros cuestan poco, porque generalmente el librero de viejo es muy bueno para vender libros viejos, pero no sabe catalogar el valor que éstos pueden tener.

Convicciones y deseos

Si hay algo de lo que se arrepiente Miguel Álvarez de los Ríos es de haber refundido el periodismo y la política. Él, como su gran amigo Jorge Mario Eastman, pertenece a la denominada “Generación del Estado de Sitio”. Un grupo humano –lo define Eastman– que irrumpió desde la universidad contra la dictadura de Rojas Pinilla y luego contra el pacto frentenacionalista. Si *Los Leopardos* se hicieron visibles por su espíritu crítico, esta generación lo hizo buscando nuevas alternativas políticas en medio de la violencia y la represión estatal. Pero el anhelo de aquella juventud por encontrar una alternativa política democrática pronto adquirió el matiz del pacto frentenacionalista, con la distribución paritaria de las cuotas burocráticas y la alternancia de los dos partidos (liberal y conservador) en el gobierno durante 16 años. Si embargo, estos pactos poco animaron los ánimos exacerbados de los grupos ortodoxos y sectarios:

Hace años en el barrio Providencia, cuando había caído el general Rojas Pinilla y se inauguraba el régimen paritario –que quería decir de forma elemental que la burocracia se dividía aritméticamente entre liberales y conservadores–, dos borrachos, don José Mejía y don Arturo Sánchez, estaban peleando porque el uno le había dicho al otro: “Usted es un paritario”, y el otro le había respondido:

“Es que usted me conoce mucho a mí don José, toda la vida, y usted sabe que yo no he sido paritario nunca”. Estaban peleando por esto, pero ninguno de los dos sabía qué significaba ese término. Yo, que estaba a un lado tomándome un aguardiente, me acerqué a estos amigos –el uno liberal y el otro conservador– y les pregunté: “¿Qué entienden ustedes por paritario?”. “¡No, eso es un insulto muy grande!” “¿Cuál insulto? –los interrogué. Paritario quiere decir que participa o comulga de la idea de repartir los puestos públicos en Colombia, pero eso no es insulto”. “Ah –me confesaron– es que nosotros estábamos pensando otra cosa”.

Álvarez de los Ríos se define como un doctrinario liberal, heredero del laicisismo que le disputó a la Iglesia Católica la dirección cultural del país. Defensor de la desamortización de los bienes de manos muertas y de las causas populares de Alfonso López Pumarejo. Heredero también de ese liberalismo que desde el siglo XIX fue tachado de socialista. De ese liberalismo que Álvaro Tirado Mejía lo reconoce asociado a los intereses de proletarios y campesinos, como lo expuso desde comienzos del siglo XX Rafael Uribe Uribe.⁵¹

Hay quienes argumentan que Álvarez de los Ríos se dejó tentar por las mieles del poder –¿acaso el intelectual orgánico del que habla Gramsci?–, aunque él aclara que si entró en la lucha febril de la política, “fue por vivir en una gozosa crucifixión rosada y por temor a que derivara hacia la lucha contemplativa”. Este pensamiento liberal es el que le ha permitido ampliar su horizonte hacia otras corrientes y filosofías de pensamiento. Al creador, al artista, Álvarez de los Ríos lo compara con un satánico, pues si la facultad creadora es privativa de Dios, todo el que crea es un satánico, porque está tratando de robarle parte del poder a Dios. El poeta Héctor Escobar Gutiérrez, el “Papa Negro” del Satanismo y uno de sus entrañables amigos, hace poco lo llamó en uno de sus versos “un adepto de Azazel”.

51. Álvaro Tirado Mejía, “Colombia: siglo y medio de bipartidismo”, en Jorge Orlando Melo, coordinador, *Colombia hoy: Perspectivas hacia el siglo XXI*, 15ª ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1995, p. 138.

En los últimos años Miguel Álvarez de los Ríos ha librado muchas batallas. Hace poco, una contra cierta enfermedad de pronóstico reservado que lo dejó por un tiempo impedido para hablar, y la última, la más dolorosa, la partida de Eunice. Si en política ganó muy poco, hay quienes dicen que por lo menos a sus adversarios “los dejó tendidos en el campo con su pluma dilacerante y su verbo prodigioso”.

Lo cierto es que la vida provinciana en Colombia no se ha podido vivir fuera de la política. Hasta hace poco había ciudades en las que se podía vegetar y pasar inadvertido, pero vivir fuera de la política era casi imposible.⁵² Durante el siglo XIX, hasta los tres primeros cuartos del siglo XX, ante la escasa presencia del Estado y la prensa en las provincias, los conflictos y las violencias hicieron tomar partidos, asumir posiciones. Nadie pudo escapar a esto. Como bien lo señalan Fernán González y Jorge Orlando Melo, el recorrido histórico por las guerras del siglo XIX impidió el surgimiento y desarrollo de una nación común, de tal forma “que la exclusión de medio país por el conflicto político terminó por fortalecer la presencia de los partidos tradicionales como elemento de identificación más fuerte que el propio Estado-nación”.⁵³ ¿Acaso se le podía pedir algo distinto a Miguel Álvarez de los Ríos? Este estilo escindido de ciudadanía –llamado así por Fernán González–, en el que la identificación pasa por uno de los partidos tradicionales y el rechazo o exclusión del adversario, es una constante en la cultura política colombiana.⁵⁴

Si en política Álvarez de los Ríos se define como un doctriinario del liberalismo, en el periodismo como un “viejo” con más de cincuenta años dedicados a un oficio que le ha permitido ser testigo de las transformaciones políticas y sociales del país. Ha sido auxiliar de rotativa, reportero, cronista y director de diarios. Ha prestado sus servicios a los grandes periódicos del país, y fue fundador, con Jorge Mario Eastman y Carlos Lemos Simmonds, de la revista *Consigna*. Basta leer sus ensayos y reportajes para advertir en su estilo las huellas de la escuela norteamericana, Ca-

52. Malcolm Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura*, Op. cit., pp. 176-177 y 185.

53. Fernán E. González, *Partidos, guerras e Iglesia en la construcción del Estado nación en Colombia (1830-1900)*, Medellín, La Carreta, 2006, p. 189.

54. *Ibid.*, p. 190.

pote, Wolfe, Mailer y las improntas de las búsquedas latinoamericanas, Sebrelli, Borges, Sanín Cano, Gómez Valderrama, Lozano y Lozano.

Álvarez de los Ríos persiste en considerar como un lamentable error el hecho de haber refundido en su vida el periodismo y la política, pues esta fusión sólo es exitosa cuando se es empresario de un gran diario industrializado. El reporterismo fue el aspecto que más le apasionó del oficio. Le habría gustado ser un cronista de policía, pero tal vez hubiese terminado por escribir novela. El derecho y la sociología han sido auxiliares de su función primordial: llenar cuartillas y leer, como una forma de darle sentido a la existencia.

En retrospectiva, Álvarez de los Ríos presume que su prosa angulosa y conceptual la heredó de su abuelo Ricardo, y el estilo casuístico y fluido, “a veces preciosista, a veces dilacerante”, de su tío Carlos de los Ríos. La vena del periodismo lo irriga desde que cursaba bachillerato en el Instituto Universitario de Manizales. Allí redactó con varios amigos una hoja estudiantil y allí también fundó una revista poética con Hugo Ilián Botero. Cuando Emilio Correa le abrió las páginas de *El Diario*, confiesa, empezó a escribir sobre todo lo divino y lo humano, con una irresponsabilidad bastante próxima a la voluntad creadora. Todavía se avergüenza de cierto poemario en el que vertió las emociones pueriles de la adolescencia, y hasta el día de hoy no olvida las palabras que el veterano Correa Uribe le expresó: “Hombre Miguel, váyase de aquí, que aquí no llegará a ningún Pereira”. De manera que se fue para Bogotá y para Cali. Vivió a sueldo de la gran prensa. Alternó su oficio de reportero con el de ensayista. Conoció por dentro los mecanismos del cuarto poder y desde allí, por un denso período, presencié las dinámicas de su partido en cabeza de López Michelsen y Turbay Ayala y el caos de un país minado por la desmesura, la corrupción y la lucha subversiva, mientras una frágil movilidad social, agenciada por la inmoralidad de los partidos tradicionales, se hacía visible con el narcotráfico y el paramilitarismo. Al volver a la provincia se vinculó de nuevo a los diarios locales. Hizo un forzoso curso como Jefe de Redacción de *La Patria* de Manizales⁵⁵ y siempre mantuvo columnas de opinión, como una manera de ejercitar un

55 Miguel Álvarez de los Ríos, “Yo periodista”, Op. cit.

estilo comprometido con la compleja realidad política y social de un país que él ya hubiera querido que descansara, por virtud de la poesía y la ficción, en los universos de Jorge Rojas y Pedro Gómez Valderrama, mientras en sus casas de retiro, las figuras eternas de Juan Lozano, Álvaro Pío Valencia, Umaña Bernal o Germán Arciniegas, enriquecen con su experiencia el mundo de las ideas.

Con acento teatral y dramático

Álvarez de los Ríos encarna una memoria prodigiosa que caracteriza a ciertos hombres y mujeres del Gran Caldas. Sus relatos son auténticos repertorios teatrales y dramáticos. Han sido horas de conversación con esta personalidad arrolladora y no deja de sorprender la forma como recita de memoria, a la par que evoca una tarde de encuentro o una noche de bohemia, sonetos, sentencias, décimas o esa capacidad tan suya de recordar los títulos de los libros, con sus años de publicación, quizá herencia de su breve paso por la Imprenta Departamental de Caldas. Hay en el acento y en sus ademanes de caballero francés, unas historias tan bien logradas que si no son ciertas, por lo menos merecerían serlo. Pero Álvarez de los Ríos no es sólo un contador de historias, es un romántico que declama sus propios versos o de los poetas que lo han acompañado en sus noches de plenilunio y olor a sándalo. No hay nada más fascinante que el universo de la mujer –declara–, el mismo que imagina el cuerpo de Catalina Blake, Marilyn Monroe y de las musas intemporales, hermosas, inteligentes y cultas, que inspiran un poema, una canción, un silencio. “Estas bellas que fueron antes”, parafrasea a Arturo Camacho Ramírez, mientras sostiene la taza del café que él mismo se ha preparado. Y se dispone un sitio, en sus evocaciones de figuras y lugares, para brindar por “los colonos que supieron aclimatar este árbol enano de cuyos frutos se extrae esa bebida que produce la felicidad, como la cercanía de la mujer que uno ama”.

El veterano escritor coloca la taza en la mesa central de la sala, mira de soslayo hacia un lado de la pared –cuelgan allí unos desnudos provocadores–; junta sus manos de líneas pronunciadas, repasa la solapa de su vestido y nos recuerda que la mujer ha sido uno de sus temas predilectos. Basta leer el retrato de la

dama de Boston, Isabel Stewart Gardner, para comprender la fascinación que en él produce un tipo de mujer, cuya belleza se emparenta con la inteligencia y la gracia. Tal vez por ello, y como si se tratara de un mensaje cifrado, aparece en algunos de sus textos el fantasma sensual de una de mujer, movida por el ideal y el deseo, la de Catalina Blake.

La pulcritud de sus vestidos de paño, la atinada elección de la corbata, el anillo de oro y la argolla de matrimonio, consiguen darle un aire de caballero dispuesto a halagar, a ser el centro de atención. El estilógrafo y las finas gafas en el bolsillo de su camisa, descubren en él a un hombre que vive los tiempos modernos, pero que toma distancia frente a la velocidad y el apremio: La prisa de estos tiempos –escribió André Gide⁵⁶– que nos mantiene subyugados al acontecimiento y que ya ni siquiera permite el juego de la inteligencia. Hay algo en su semblante, acaso una sombra, una mirada melancólica. Está cansado, dice, y se sostiene en el báculo de su memoria. Luego se mirará al espejo y tal vez recuerde lo que atrapó el *espejo del vestíbulo* de Constantin Kavafy. En su juventud, se presiente, fue un *dandy*, lo que solían llamar un hombre bello que conquistó y amó a las mujeres que envolvió en sus décimas e historias fantásticas. Tal vez porque fuera consciente del juego de la sensualidad y la persuasión, eligió iniciar su carrera de escritor –al promediar los años cincuentas–, publicando un ensayo sobre la obra y figura de Oscar Wilde, a propósito del centenario de su natalicio. Y tal vez con Wilde, ahora subraya: “Por medio del arte y sólo por él podemos lograr nuestra perfección; el arte y solamente el arte nos preserva de los peligros sórdidos de la existencia real”.⁵⁷

Álvarez de los Ríos proviene de una antigua escuela de periodistas. De espaldas a los claustros universitarios y críticos de las formas con que ahora los jóvenes comunicadores se comprometen con el oficio, estos expertos se hicieron a pulso en las salas de redacción y en la calle como escenario del acontecimiento. Sin grabadoras, sin aparatos digitales ni cámaras audiovisuales, el periodista se sabía fuerte en su amplia cultura, en su erudición y

56. Citado por Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, Op. cit., pp. 45-46.

57 Oscar Wilde, “El crítico artista”, en *Ensayos y Artículos*, Biblioteca Personal Jorge Luis Borges, No. 3, Barcelona, Hyspamerica, Orbis, 1986, p. 65.

en su malicia al preguntar o al descubrir el problema central en la respuesta evasiva. No obstante –para el caso de Miguel Álvarez de los Ríos– esa capacidad suya de acumular hechos, situaciones y personajes en su memoria, negándose tal vez a sistematizar y dar forma acabada a sus proyectos, podría manifestarse como una debilidad. Sus libros inconclusos, sus proyectos a medio hacer, harían parte del carácter de una personalidad “erudita y diletante”, como subrayan algunos de sus críticos. “Un diletante puro”, así también lo definen quienes no le perdonan tanto saber desperdiciado, acaso porque al intelectual y al erudito se les censura su falta de pragmatismo: “Esas minucias de la erudición –acota Marc Bloc– tan capaces de devorar toda una vida, merecerían ser condenadas como un absurdo derroche de energías”.⁵⁸

Otros amigos suyos prefieren recordarlo como el joven de fácil palabra, una suerte de enciclopedia de temas novísimos. “Un joven arrogante, garboso y rubicundo enamorado del *Cementerio Marino* de Paul Valery, de tertulias esquineras y tinto bien conversado”.⁵⁹ Hoy, cuando la memoria hace presencia en un país cruzado por guerras y violencias, olvidos y prisas, personalidades como las de Miguel Álvarez de los Ríos adquieren relevancia como presencia viva de un pasado que se actualiza en la evocación o el recuerdo. Como bien lo señala Gonzalo Sánchez: “La memoria requiere del apoyo de la historia, pero no se interesa tanto por el acontecimiento, la narración de los hechos sino por las huellas de la experiencia vivida, su interpretación, su sentido o su marca a través del tiempo”.⁶⁰ La memoria es militancia, pluralidad y reconocimiento de identidades. Ella es rastro y mutación de la experiencia individual y colectiva, constructora de nación. En tal sentido, la prosopografía, la historia de vida, la biografía son documentos de la memoria y con ellos, nuevas formas de representación del tiempo.

Esta es una primera aproximación a la huella de Miguel Álvarez de los Ríos y al estudio de su obra. Han quedado muchas

58. Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, Op. cit., pp. 45-46.

59. Héctor Ocampo Marín, “Álvarez de los Ríos y sus coetáneos”, en *El Diario del Otún*, Pereira, 31 de julio de 2005.

60. Gonzalo Sánchez, *Guerras, memoria e historia*, Medellín, La Carreta, 2006, p. 22.

cosas por decir, otras por explicar. La memoria pasa por la escritura y la supera. Nada reemplaza la experiencia vital, el sentido mismo del ser, la complejidad de una personalidad como esta. En Álvarez de los Ríos, a veces, las apreciaciones tienen sólo dos matices: blanco-negro, bruto-inteligente, feo-bonito. Por eso las cosas pueden ser “inmundas o deliciosas, soberbiamente inteligentes o brillantemente pobres”. ¡Cuántas cosas aún no habrá revelado! ¡Cuántas cosas habrá dicho en sus silencios y habrá preferido callar en estas conversaciones atravesadas por el dolor y la melancolía! Los silencios en sus relatos pueden ser tan largos como las digresiones, y, ay, del que se distraiga, pues con un tono más alto llama al “orden”: “¿sí me está escuchando?”. Y el relato prosigue antes de salir por la puerta.

Es pasado el mediodía. Ahora está hablando de comidas, de vinos y del sancocho de gallina de patio que su madre solía preparar. De pronto recupera una imagen y reconstruye para nosotros la noche aquella en que degustó un plato extrañísimo en un restaurante en Holanda. De pronto recita un soneto de Luis Carlos López y es inevitable la carcajada. Sus manos son flacas y alargadas. Juega con ellas y matiza con ellas un subrayado, un punto y coma, una gran parrafada. Una risa irónica se prefigura en sus labios. Tiene razón: la vida es demasiado breve para asumirla con tanta seriedad y el subrayado es nuestro. Nos ve desde lejos, nos abandona y sabemos que ya es hora de salir a la calle, para buscar el palpito y el fragor de su ciudad y la de Eduardo López y la de Luis Carlos González y la de Albalucía Ángel, ese pedazo de ciudad que Álvarez de los Ríos todavía señala con la nomenclatura de pueblo y que en los versos del poeta Luis Fernando Mejía se vuelve misterio y escenario para la búsqueda que pronto se tornará memoria:

Te busco
en
la ciudad de la infancia:

En los cicatrizados mapas vegetales
de sus árboles.
En el parque,
donde al vendedor de horóscopos
se le murió el lorito que sabía mi suerte.

En la calle,
donde a don Pedro le quitaron la esquina y las naranjas
por orden del alcalde.
En el domingo
–hélices de papel despedazando el aire–
Te busco
en
la ciudad del amor:

En el silencio oxidado de la primera palabra
que pronunció el instinto.
En mis dedos
que oyeron el crecimiento de tu edad.
En el inmerecido
día
del adiós.
En Dios
que era entonces puntual
a una hora cualquiera de la tarde.⁶¹

61. Luis Fernando Mejía, "Poema", en *Alquimia de los relojes clausurados*, s/e, s/f.

Celebración académica





1



2



3

Ceremonia académica, entrega del título *Honoris Causa* Licenciado en Español y Literatura, 2006, Auditorio "Jorge Roa Martínez", Universidad Tecnológica de Pereira.

1. Mesa de Honor. De izquierda a derecha: Álvaro Acevedo Tarazona, Álvaro Zuluaga Ramírez, Miguel Álvarez de los Ríos, Luis Enrique Arango Jiménez, Carlos Enrique Marín Vélez y Juan Guillermo Ángel Mejía.

2. Miguel Álvarez de los Ríos hace lectura de su discurso *Honoris Causa*.

3. El rector de la Universidad Tecnológica de Pereira, Luis Enrique Arango Jiménez, entrega el título *Honoris Causa* Licenciado en Español y Literatura al escritor Álvarez de los Ríos.

En la noche del 23 de Noviembre de 2006, la Universidad Tecnológica de Pereira, bajo la tutela de su rector, el ingeniero Luis Enrique Arango Jiménez, hizo entrega del título *Honoris Causa* Licenciado en Español y Literatura, al humanista y escritor Miguel Álvarez de los Ríos. Esta ceremonia significa, más allá del reconocimiento a una vida comprometida con la labor intelectual y artística, la revaloración de una memoria que avivan quienes desde las artes, la ciencia y la historia, construyen una realidad semántica susceptible de ser interpretada. Como prueba de ese momento, señalamos algunos fragmentos de lo que esa noche se expresó en acto solemne.

“Sin duda, sus ansias de libertad y autonomía; su condición de pensador, de ideólogo, no le permitieron hacer carrera política dentro de un partido o jefatura caudillista. El periodismo, entonces, fue el refugio después de un largo periplo por diversos cargos públicos. Éste le permitió armonizar sus dos pasiones –literatura y política–, manteniendo una clara incidencia local pero sin perder la concepción universal de los hechos, necesaria para comprender la realidad nacional.

Es evidente que el ejercicio periodístico de Miguel Álvarez de los Ríos ha sido complejo y polifacético. Desde sus primeros ejercicios narrativos en las páginas de *El Diario*, hace más de cincuenta años, hasta sus recientes investigaciones biográficas, Miguel ha escrito cientos de páginas periodísticas y literarias en una prosa ecléctica y ágil, ajustada a estrechas columnas que se han extinguido día a día [...]

En efecto, Miguel Álvarez de los Ríos perteneció a aquella “edad de plomo” del periodismo colombiano, que describe Juan Gustavo Cobo Borda. Periodismo con linotipo y máquina de escribir ruidosos, lejos de la asepsia de hoy (con impresión *offset* en colores, computador y prohibición de fumar en los espacios públicos). Periodismo en franca militancia política, diferente al actual que se esfuerza por ser veraz, objetivo y pluralista, así no

siempre lo logre. Periodismo trasgresor y literario (donde inclusive se llegaron a publicar novelas), y al cual Alberto Lleras se refirió como aquel de “tiempos heroicos en que los periodistas, a la madrugada, dejaban el diario, luego de haberse intoxicado de café, tabaco y política, y recibían el nuevo día hablando de literatura por las calles de Bogotá”.

En este contexto Miguel Álvarez fue madurando como escritor y periodista. Se desempeñó como redactor, reportero, jefe de redacción, director y colaborador de diferentes medios de comunicación escritos y radiales, entre los que se destacan los periódicos *El Tiempo*, *El Espectador*, *El País*, *La Patria*, *El Imparcial*, *El Diario de Occidente*, *El Pueblo*, *La Tarde* y *El Diario del Otún*; las revistas *Consigna*, *Vea* y *Cromos*; y las emisoras Pereira al Aire y La Voz del País. Su pasión por la conversación, por la comunicación, se vio plasmada en crónicas, reportajes y ensayos, en los cuales lograba ir con agilidad del eterno retorno al rock o del tango a lo satánico. Lo suyo era el reportaje en profundidad o gran reportaje, que la literatura define como aquél donde los esquemas estilísticos formales se rompen ante la personalidad del periodista-escritor, y cuya calidad depende más de la cultura, sensibilidad y estimativa de quien escribe, que de la grandeza o profundidad de lo que se escribe.

Como la mayoría de periodistas literarios, no fue un comunicador improvisado en la prensa, por el contrario fue un periodista ilustrado que llegó a entrevistar a personajes de la talla de Norman Mailer, Allen Ginsberg, Jorge Luis Borges, Germán Arciniegas, Juan Lozano y Lozano o Álvaro Pío Valencia. Sin hacer uso de notas ni grabadoras para sus reportajes, Miguel Álvarez de los Ríos penetraba con su retentiva en la subjetividad del entrevistado, para luego someterlo al severo examen de su pluma. De esta manera, poco a poco fue forjando un estilo periodístico donde la búsqueda de equilibrio entre el contenido y la forma se convirtió en su reto creativo [...]

Al hacer un repaso por su obra escrita, se encuentra que Miguel Álvarez de los Ríos es ante todo un testigo del siglo veinte. En sus artículos los protagonistas de la historia reciente del país se perfilan humanos, alcanzables, lejos de aquellos íconos inorgánicos que aparecen en muchos libros de Historia, como si fueran seres míticos y no individuos separados de nosotros tan sólo por unas cuantas décadas. Tal es la intención del libro *22 personajes. Apuntes para una futura geografía humana de Risaralda*.

Un texto que entrega un compendio de perfiles biográficos que han terminado por convertirse en valiosos documentos históricos acerca de la vida pública risaraldense de mediados y finales del siglo XX.

Su periodismo es una reconstrucción literaria de los personajes que se pregunta por las causas y motivaciones de sus comportamientos y elecciones [...]

En la obra de Miguel Álvarez de los Ríos también hay un interés por reflexionar acerca de la historia local. Su libro *Pereira. La Fuerza de una Raza*, escrito con Leonor Ramírez en el año 2002, es prueba de ello, como también lo son el ensayo *Humana Fundación* (elaborado con motivo del centenario de la fundación de Pereira) y las compilaciones *Poetas y poemas de Risaralda* (1998) y *Anhelos. Poesía de Luis Carlos González* (1986). Dicho interés lo ha llevado a trabajar en el rescate y valoración de la producción cultural regional. Círculos académicos y literarios como El Parnaso Eje Cafetero, la Sociedad Bolivariana y la Academia Pereirana de Historia se sienten honrados con su presencia.

Por otro lado, los sucesos y personajes que conmovieron al mundo y a nuestro país no fueron ajenos a él. Desde el existencialismo de Sartre, hasta el satanismo de La Vey a finales de los sesenta, pasando por el rock'n roll, el hippismo y la literatura macabra de Lovecraft, fueron fuente de inspiración para sus escritos.

El humanismo de Miguel Álvarez de los Ríos nunca olvidó el referente de los clásicos universales. No obstante, tampoco se opuso a las nuevas corrientes de su tiempo, y pudo presenciar, casi en el mismo instante en que se producían los acontecimientos, los personajes y las ideas que sacudían al mundo. Supo entonces amar las nuevas propuestas que le llegaban, entender los cambios y valorar las voces de quienes aún se estaban labrando un nombre en la Historia. Pero también contempló con horror y recelo las propuestas que comenzaban a conquistar el mundo y que parecían ignorar la delicadeza de las formas bellas y el deber de guía de los pueblos, correspondiente a los hombres entregados al arte y al pensamiento [...]"

Ludatio

Luis Enrique Arango Jiménez
Rector



“Este plantel fue fundado o, mejor, inició tareas cuando yo, novel escritor emborronador de cuartillas— y romo aprendiz de filósofo, andaba en mis veinticinco años. Cuatro o cinco años antes —hace ahora medio siglo— dilapidaba el tesoro de mi primera juventud; tenía una estrella en la mano y ansiaba conquistar el mundo. Con dos amigos del alma, escritores como yo, el estudioso Hernán Toro Rivas y el inteligente Dukardo Hinestrosa Castrillón y un abogado, mayor que nosotros en edad y preparación, Alonso García Bustamante, habíamos fundado en Pereira un grupo “existencialista”. Nos apasionaban Sartre y Simone de Beauvoir, sin conocerlos a fondo. De Sartre habíamos leído su gran novela *La náusea*; novela amarga, metafísica, visión audaz y conmovedora de la angustia heideggeriana; estábamos metiéndole el diente a su pensamiento ontológico en su ensayo *El ser y la nada*, y habíamos adoptado, como enseña de nuestro grupo, la que Sartre proclamaba como divisa para el hombre: “*Faire et en-faisant se faire et n’eter rien que ce qu’il s’est fait*” (Hacer, y al hacer, hacerse, y no ser más que lo que él se ha hecho). En la angustia y el absurdo Sartre no veía un obstáculo, sino, al contrario, un estímulo a la actividad humana. Éramos, pues, existencialistas, sin saber nada de Unamuno, único existencialista de raza y lengua españolas, ni de sus temas obsesivos: la muerte, la inmortalidad, la gloria, el ser uno mismo, la heterodoxia religiosa; e ignorando a Gabriel Marcel, neoescolástico, católico, más literato que filósofo. Sartre nos mostraba el mejor camino, de eso estábamos seguros: el de una filosofía humanista de la acción, del gran esfuerzo, del combate, de la solidaridad (“*Une philosphie humaniste de l’effort, du combat, de la solidarité*”).

¿Fue este grupo una protesta contra la situación anómala que vivía nuestro país? Es difícil asegurarlo. Todos teníamos conciencia histórica y comunidad de espíritu, pero distintos puntos de vista frente al espectro político (aparte, otros dos amigos, conservadores y católicos, los hoy respetables maestros Héctor Ocampo Marín y Benjamín Saldarriaga, nos miraban con benevolencia e inocultable curiosidad). Yo seguía con mi estrella en alto, con mi rebeldía intelectual, urdiendo versos deplorables, o que hoy me lo parecen, y leyendo con fruición todo lo que caía en mis manos,

no obstante que hartas urgencias e incontables requerimientos atareaban mi vida, y como el triste personaje de cierta novela gótica, a quien el mal acosaba, como un sabueso infernal, me hería contra los filos de todas las dificultades [...]

Empecé a leer siendo muy niño, inducido por mi padre, quien me compraba, todos los sábados, una revista chilena denominada *El Peneca*, en cuyas páginas aparecían, cercadas por textos triviales, obras insignes por capítulos. El primer libro que leí, ya presentado en volumen, fue *El Conde de Montecristo*, de la famosa Ediciones Tor, o Molino, no lo preciso, en terso papel Edad Media. Me impresionó su protagonista, el marinero Edmundo Dantés, traicionado, aherrojado y luego rehabilitado al convertirse en Montecristo, un conde espurio pero rico, que hizo justicia por su propia mano. Años más tarde examinaría, uno por uno, los personajes de aquella mágica novela y a su autor, Alejandro Dumas, sobre quien escribí un ensayo, que publiqué, no recuerdo dónde, si en *La Patria* o en *El País*. Dije yo que el viejo Dumas –bonachón, sanguíneo, epicúreo, tan diferente a su hijo– le aportó al romanticismo –que es por esencia y potencia, inconformismo y rebeldía– lo que también le aportaron, en grado más eminente, Hugo, Byron, Lenau, Kleist: su grito condenatorio de todas las injusticias. Leí luego a Charles Dickens, a Cervantes, a Calderón, a Tirso, a Romain Roland, a Galdós, a Jorge Isaacs: lo hacía sin orden ni concierto, pues nadie guiaba mis lecturas; devoraba libro tras libro, con ansiedad, con voracidad. Mi padre me anunció un día: “En lugar de una cultura, vas a adquirir una indigestión”, una indigestión de libros. Lo dijo debido a que yo, niño todavía impúber, no estaba en capacidad de seleccionar mis lecturas, en cuanto se refiera a buena o mala calidad y en cuanto a si nutrirían mi mente, apenas en agraz, o pudieran intoxicarla con “ateísmo” o “inmoralidad”.

No recuerdo si la “indigestión” que me pronosticó mi padre llegó a afectarme en realidad, pero sí tengo bien presente que hubo un tiempo en que, por ese fenómeno llamado de suplantación, confundía a los autores que iba leyendo presuroso con sus entes de ficción: a Dickens, con su Copperfield; a Cervantes, con su Don Quijote; a Calderón, con su Pedro Crespo; a Tirso, con su Don Juan; a Roland, con su Juan Cristóbal; a Dostoievsky, con su Raskolnikov; a José Hernández, con su Martín Fierro; a Isaacs, con su Efraín.

Las criaturas de papel cobraban en mi imaginación una personalidad más densa, más recia, más acusada, que quienes las habían creado, de cuyas vidas y milagros no tenía yo la menor idea.

De todos modos, sin darme cuenta, a mis nueve años escasos, había dejado por completo los bellos “cuentos para niños”, de origen francés o alemán, la literatura infantil, con todos sus ogros y gnomos, sus blancanieves y sus enanos, sus cenicientas y sus hermanastras, sus caperucitas rojas, sus audaces gatos con botas, sus sastrecillos valientes, sus pulgarcitos, sus patitos feos, para ingresar al mundo encantado de lo que mi madre llamaba, con un tono restrictivo y, claramente, de advertencia, “literatura para adultos”[...]

El humanismo tiene para mí un modelo incomparable: Erasmo de Rotterdam, culminación de la inteligencia, cúspide de la razón humana. Ninguna cosa de la vida le fue extraña a este holandés, de fragilísima salud, de boca grande y fruncida en un rictus que denuncia su enorme fuerza espiritual, de tristes cabellos ralos, de ojos pequeños y escondidos, de feo semblante de asceta, sin ningún rasgo de osadía, como dice de él Lavater. Erasmo jamás se engañó acerca de nada ni de nadie. Su obsesión fue la cultura, la educación sistemática, que, según su apreciación de gran genio renacentista, acabaría con las guerras, con la violencia, con la injusticia. Stefan Zweig, su mejor biógrafo, profesa que su cerebro era una máquina de pensar absolutamente moderna, de precisión insuperable y magnífica amplitud y alcance. Todo el terreno del pensamiento fue trajinado e iluminado por aquel cura sin parroquia, sin sotana, sin camándulas, que creía más en la tierra que en las delicias del cielo. En todas las universidades se percibe su ardiente influjo, porque a todas las inspiró al franquearles las puertas a la investigación y a las ciencias. Con Erasmo, “luz del mundo”, suma de la sabiduría, el concepto de universidad adquirió una más profunda, más definida relevancia, y el idealismo académico, un valor nunca imaginado.

Hace tres años, en Rotterdam, visité la Universidad que perpetúa su nombre y se inspira en sus ejemplos, situada frente al vasto puerto (arrasado en 1940 por la aviación alemana y bellamente reconstruido, con gusto clásico y humanístico, en su antigua arquitectura). Estuve allí con mi mujer y con mi hija mayor y los tres nos sobrecogimos al ingresar a la biblioteca y sentir, casi

palpar la presencia del gran humanista. Yo podría jurar que lo vi, de pie ante su pupitre, envuelto en sus vestiduras de anchas y gruesas mangas, guarnecidas con finas pieles, y tocada su cabeza con birrete de terciopelo, como en uno de los retratos que de él pintó Holbein el Joven.

Las universidades modernas, aunque imperen en su enseñanza la técnica y la tecnología (naturalmente, indispensables para afrontar los desafíos de la actual civilización), no pueden echar a un lado o repulsar al humanismo, que es la esencia de toda cultura, y al ir a la par con los tiempos, a causa de su dinamismo, hoy confía en la democracia, en la razón y en la ciencia como fórmulas de solución para los problemas humanos. Así lo entiende e interpreta nuestra Universidad Tecnológica, que conserva intactas las fibras de su raíz humanística, y al concederme este título en Español y Literatura, está afirmando los valores que desde el fondo la sustentan [...]

Lectio

Miguel Álvarez de los Ríos

Escritor

Efemérides

A Miguel Álvarez de los Ríos

Henos aquí, Miguel, justo a tu lado,
celebrando tu rol de periodista;
esos tus cincuenta años de prosista,
fiel al canon del arte, aquilatado.

Conmemorámoste hoy lo realizado,
ese tu oficio intenso sin arista;
pues tu eufónico estilo clasicista,
siempre ha sido por todos elogiado.

Aquí estamos, oh sí, con regocijo,
aplaudiendo con ánimo prolijo,
también tu obra ensayística, enjundiosa.

Recibe, en fin, de nos este homenaje,
por la gracia sin par de ese lenguaje
con que escribes, Miguel, tan noble prosa.

Héctor Escobar Gutiérrez

Memoria de mis días





Miguel Álvarez de los Ríos con Juan Lozano y Lozano, 1979

Su nombre se registra con frecuencia en el valioso documento cultural del Gran Caldas. Ningún inventario que abone los terrenos de la literatura y el ensayo podría dejarlo fuera o insinuarlo apenas en una nota al margen. Es un escritor de pocos libros, aunque es el responsable de una profusa obra dispersa en periódicos y revistas y dueño de una capacidad evocativa que lo liga al desarrollo social, cultural y político de la Pereira posterior a la segunda mitad del siglo XX. Difícil comprobar la autoría de algunos de sus textos, porque a menudo acudió a los seudónimos o a los editoriales sin firma o a las labores del *ghostwriter*, en un ambiente en que los pudores y limitaciones de ciertos personajes públicos los insta a relatar su experiencia en el estilo de un artista a sueldo. Estos detalles crean en torno suyo una leyenda sobre su prolífica obra literaria que suelen alimentar sus amigos y áulicos, o que el propio escritor se encarga de nutrir con su grandilocuencia, o bien desde la ilusión –es un creador–, o bien desde la verdad –es un humanista.

Lo hemos visto caminar por la ciudad y su sola presencia cautiva. Elegante, apuesto y observador, camina un mundo cuando ha leído e inventado otro. Al saludarlo se motiva el diálogo y no hay más remedio que escucharlo, porque en la evocación, en la cita memorable, en la relación de nombres y situaciones, está solo, cuando hace eco de unos tránsitos por anaqueles y archivos empolvados, por cafetines y barrios de viejo, en busca de un dato o una glosa para las próximas cuartillas que escribirá, como desde hace treinta años, en su vieja *Crown* japonesa, una “máquina de escribir portátil”, emblema de un ejercicio en la escritura y objeto caro al museo de los veteranos periodistas y narradores que se resistieron (quizá por un sentido ligado al misterio estético), a utilizar los ordenadores mágicos, como si así fuera posible preservar un mundo privado de la vertiginosidad de los tiempos modernos.

Yo he tenido un amor casi morbosos por mi nombre.
Adoro mi enseña bautismal, mis apellidos enraizados
en la mejor nobleza colombiana. Pero sobre todo mi nombre,
delgado y agudo y cortante como una espada.
No dejando de reconocer mi humilde condición humana,
que me detiene muchas veces en mis locos sueños de grandeza.
Ya lo dijo un ilustre tocayo mío, muerto
en olor de grandeza política y literaria:
"Me llamo barro aunque Miguel me llame,
barro es mi profesión y mi destino..."

(Tomado de la columna *Reloj de arena*, escrita por Miguel Álvarez de los Ríos,
bajo el seudónimo Twain. *El Diario*, Pereira, Caldas 1 de junio de 1957).

Una imagen de infancia

Nací en Pereira, el 6 de junio de 1935. Así que soy modelo "tres patadas", como le decían a los modelos antiguos que necesitaban la acción del *cross* dos y tres veces para poder que ingresara la palanca de cambios. En esa época apareció un tipo de carro o automóvil, un Ford, que lo llamaban el Ford "tres patadas"; por supuesto yo no lo conocí, pero sí por referencia histórica, porque mi papá tenía uno de esos carros que tanto impacto produjo en la aldehuela. Nunca pude saberlo bien, pero mi papá decía que era un auto alemán y posiblemente sí, porque el inglés tiene que ver mucho con ese idioma. El carro no tenía motor de arranque, así que había un hombre empleado de mi papá, primo de mi madre y él era el encargado de darle manubrio al vehículo para que arrancara, una vez mi padre se instalara en el carro. No había motores de arranque, todo se accionaba a través de una manivela. De esa época proviene mi primera imagen.

Mi padre se llamaba Marco Antonio Álvarez Botero, era de Manizales. Su padre, Juan Miguel Álvarez del Pino, era de Rio-negro, Antioquia, abogado. Mi madre se llamaba Mercedes de los Ríos Barreneche. Nació en Riosucio, un pueblo ubicado en el extremo occidental de Caldas. Su padre se llamaba Ricardo de los Ríos Cock, era hija de español y de inglesa de Liverpool. Los ancestros de mi madre llegaron a Riosucio, a Marmato y Supía mediante contratos que les hizo el Gobierno Republicano después de la consolidación del Estado de las Guerras Libertadoras,

porque eran ingenieros de minas o trabajadores de minas. Todos los apellidos de origen sajón o de origen francés que existen en el antiguo departamento de Caldas, se localizaron en ese terrón cósmico que abarca Riosucio, La Vega, Supía y parte de la zona rocosa de Marmato. Porque los que llegaron allá eran europeos expertos en minas que había contratado el gobierno, de acuerdo con varios contratos que hizo Don Salvador Camacho Roldán, como Ministro de Hacienda y del Tesoro. A mi abuelo no alcancé a conocerlo, yo aún estaba muy pequeño cuando él murió.

Mi padre murió muy joven, a la edad de 55 años. Tristemente las personas que más he amado se me han muerto muy ligero. Mi madre sí murió hace poco, cuando cumplía 85 años. Era una mujer sumamente inteligente, muy delicada, con muchos conocimientos de literatura, de vida y rica en anécdotas. Ella solía contarme de su niñez en Riosucio y en Manizales. Perteneía a una familia con padres y abuelos ricos y letrados. Ella recordaba muy especialmente los engendros, las supersticiones de su niñez y me los contaba, como dicen las cronistas sociales, con lujo de detalles. Era muy minuciosa, dibujaba perfectamente a las personas, poseía una gran capacidad descriptiva. Sabía muchas coplas de su niñez, algunas las descubrí después y supe que eran de origen español y otras urdidas en su pueblo, aunque probablemente modificadas por mi abuelo, que era un hombre muy letrado y que había estado en el extranjero. Me contó una vez que su padre estaba en Buffalo, una ciudad de la costa este de los Estados Unidos y tenía que ir a Nueva York y se montó en un tren. Era 31 de diciembre y cayó una nevada que bloqueó las vías. Iba muy poquita gente en ese tren, y los norteamericanos, sobre todo los descendientes de ingleses e irlandeses, tienen por costumbre en navidad, además preparar las tortas, viandas y ponches, leer un cuento de navidad. Ninguno de los que estaba ahí tenía el cuento. Como su madre era inglesa, él hablaba el inglés. No se preocupen, les dijo, yo tengo un cuento de navidad muy hermoso: "En los tiempos del emperador César se ordenó un censo de todos los israelitas que vivían en el imperio... gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres...". Yo hice una crónica sobre eso.

Fuimos una familia muy unida, recibimos una buena educación y todos nos criamos en el credo católico ortodoxo. Estuve muy poco en ese asunto, pero de todas maneras conservo algu-

nas enseñanzas que pienso que son valederas, porque lo religioso es una formulación de carácter ético más que metafísico. La religión siempre le crea a uno ciertas maneras de ser, y aunque es verdad, como dice Petrovsky, que es un veneno lento, de todas maneras hay venenos lentos que sirven. Como el whisky.

En la ciudad, las letras

Vivíamos en la 8ª con 23, al frente de donde hoy se ubica el *Diario del Otún*. Pereira era muy pequeña y el complejo urbano apenas lo conformaban casas de uno o dos pisos, de manera que un avión pequeño podía perfectamente maniobrar muy bajo. Las construcciones majestuosas eran la Catedral, el Gran Hotel y un edificio nacional, donde funcionaba el tribunal, juzgados y los correos, y el edificio de la 8ª con 19, donde por mucho tiempo se localizó la Colombiana de Seguros. El edificio de la Alcaldía lo estaban haciendo apenas. Lo demás eran ranchos. A partir de ese momento empieza todo un despliegue urbanístico, si así se puede decir, de la ciudad, que hasta ese momento estaba concentrada sólo en el centro, y las familias (*Currutacas*, como dicen en Buenos Aires, las que son tradicionales, las más adineradas) vivían en pleno centro, cuyo perímetro se extendía entre la 22 ó 23 con 6ª y hasta la 16 con 6ª. Tenía 3 años entonces y recuerdo que mi papá llegó preguntando por mí y me dijo: “Camine a ver, que van a tirar a un hombre de un avión”. Era en realidad un muñeco, pero yo no lo sabía. Me llevó hasta la 20 con 8ª. Había mucha gente, pues era el 30 de agosto, el día tradicional y clásico de la ciudad. Mi padre me aseguró en su cuello y vi cómo un avión estaba dando círculos, volando muy bajo y desde allí tiraron un muñeco de trapo, a quien las gentes apodaron “mazamorro arepo”. Era un muñeco de la estatura normal de un hombre, y cayó en la casa de don Roberto Marulanda, uno de los hombres más ricos e influyentes de la ciudad, pues llegó incluso a gobernador y ministro de Estado dos veces. Ahí, en una de las casas más prestigiosas, fue a parar ese muñeco.

Tenía seis años cuando mi papá empezó a comprarme una revista chilena muy famosa que se llamaba *El Peneca*. Allí empecé a leer. De hecho ya sabía leer cuando entré a la escuela, porque mi